

La visión del otro (Un viajero bearnés en el País Vasco a finales del siglo XVIII)

CHRISTIAN DESPLAT - ADRIÁN BLÁZQUEZ*

*A nuestros antepasados pirenaicos
para quienes las fronteras políticas
desaparecían ante los intereses económicos
y los lazos de amistad. Para que
guien los pasos de la Europa unida.*

I. JACQUES FAGET DE BAURE: DE LA NOBLEZA PROVINCIANA A LA NOTORIEDAD

1. La familia de los Faget: del negocio a la nobleza

Entre los siglos XVI y XIX, los Faget se elevan, por encima de la nobleza bearnesa ordinaria, a la verdadera nobleza personal, y alcanzan una excepcional ascensión social. Las tres ramas de esta familia procedían del mundo del comercio. Los Faget de Mont y de Tarsac, tras haber hecho carrera en la magistratura, en el Parlamento de Pau y en el *Grand Conseil*, acceden a la nobleza de capa y espada. Los Faget de Baure, la rama familiar que nos interesa, continuaron hasta el final en la alta magistratura y en las asambleas legislativas, bajo el Imperio y la Restauración. Los Baure se extinguen en el cénit de su gloria, traicionados por la demografía. Su mejor historiador¹ atribuye su éxito a una política matrimonial coherente, a la adopción de criterios políticos y religiosos hábiles y a la protección de poderosos valedores. La

* Université de Pau.

1. B. LAJEUNIE, «Les Faget (XVIe-XIXe siècles). Aspects d'une ascension sociale», en la *Revue de Pau et du Béarn*, núm. 12, 1984-1985, pp. 130-175.

de Pierre Daru, Ministro de Estado de Napoleón e Intendente de la *Grande Armée*², fue decisiva para nuestro autor.

Jacques Faget de Baure (1756-1817) fue el gran hombre de la familia; escribió mucho, y sus obras manuscritas e impresas forman un volumen considerable. Paradójicamente, sin embargo, no nos ha legado ningún escrito sobre la historia de su linaje, y es a los archivos públicos a donde hemos de dirigirnos para conocerlo mejor. Los más antiguos documentos que conciernen a los Faget son los Libros-registro de bautismos y matrimonios protestantes de Orthez, que van de 1572 a 1603. Nos es, a pesar de todo, imposible precisar con exactitud los lazos que unían a los Mont y a los Baure antes de 1637, con ocasión de una sentencia del *Sénéchal* de Orthez; otras actas notariales confirman posteriormente estos lazos familiares. Al parecer, los Mont y los Baure unieron sus destinos por los años 1515-1520; la familia se dedicaba por entonces al comercio. Los primeros en abandonarlo y adquirir una tierra noble, y con ella la nobleza, fueron los Mont; los Baure permanecieron fieles al comercio durante todo el siglo XVII.

Su ascensión fue muy lenta, a causa sin duda de no disfrutar de una sólida protección como la que Pierre de Marca había acordado a los Mont. Entre finales del siglo XVI y finales del siglo XVII, los Faget de Baure son importantes mercaderes de Orthez; parecen por entonces más preocupados por preservar una sólida posición burguesa que por acceder a la nobleza. Manifiestan igualmente una fidelidad total al calvinismo. Los comienzos de la familia son bastante movidos; Peyrot Faget tuvo varios hijos de sus tres matrimonios, los tres homogámicos³. Su primogénito, Pierre I (1588-1641), parece haber sido un manirroto; en efecto, tras haber dilapidado 15.000 libras, su padre lo desheredó en beneficio de su hijo menor.

Los hijos de Pierre I, Marie y Bernard, contrajeron alianzas con familias nobles, prueba de la movilidad social que reinaba por entonces entre las elites bearnesas. El segundo hijo de Bernard, Pierre II (1665-1735), elevó a su familia del simple comercio al gran negocio. Casó, en 1703, con Anne de Forcade-Baure, heredera del señorío de Herrère y de la casa noble de Baure; Pierre II creó una sociedad de comercio en Bayona, valorada en 125.000 libras en 1728, y en 151.509 en 1735, de las cuales 58.000 en efectos de comercio y 67.500 en bienes inmuebles. Casó a sus hijas en el seno de la nobleza militar y comerciante. Pierre III (1707-1784), hijo único de Pierre II, trabajó primero como asociado de su padre. Posteriormente siguió una brillante carrera en los negocios, en Bayona, Orthez y París; sus actividades nos son mal conocidas, pero parece haber sacado substanciales beneficios de la trata de negros. Se casó en París en 1753 con Jeanne Capuran, hija de un negociante de Bayona. Era ésta la viuda y la heredera de un gran negociante de Bayona, muerto en 1748, y primo del banquero de la Corte, Jean Joseph de Laborde. La fortuna de Jeanne permitió a Pierre III llevar a su término la lenta ascensión social de los Baure. En 1759 compró a una prima fuertemente

2. Sobre este personaje, ver B. BERGEROT, *Daru, intendant général de la Grande Armée*, París, 1991.

3. Tendencia de los machos de ciertas especies animales a escoger hembras semejantes a ellos, lo que está en la base de un inicio de diferenciación en el interior de la especie (*Grand Larousse Encyclopédique*, París, 1962).

endeudada los señoríos de Argagnon y Herrère, los molinos de Baure y de Bonnut y la casa noble de Baure. Esta adquisición le costó 57.000 libras, de las que 50.000 fueron tomadas a préstamo. Sin embargo, se había dado un paso decisivo; el señorío de Herrère era una *domengeadure*, es decir, una tierra y casa noble que daba derecho de entrada en el cuerpo de la nobleza, en los Estados Generales de Béarn. Estos Estados admitieron en su seno a Pierre III en 1760; a partir de ese momento era noble a la manera bearnesa. Inmediatamente comenzó a pensar en la nobleza personal, a la manera francesa; el medio más seguro de alcanzarla era la adquisición de un *office anoblissant*⁴. Para un bearnés, el Parlamento de Navarra era la vía normal. Pierre III hizo lo necesario para hacer entrar en él al mejor de sus hijos, Jacques-Jean, nacido en Orthez en 1755.

2. La fortuna de Jacques Faget de Baure

Los Faget habían permanecido protestantes hasta la revocación del Edicto de Nantes; Pierre III, que había hecho sus estudios en Ginebra, era un converso de fecha reciente. Dos de sus hermanas habían sido encerradas en un convento para ser instruidas en la religión católica. Para entrar sin dificultad en el mundillo parlamentario, purgado de todos sus calvinistas por el Primer Presidente, Roux de Gaubert, era necesario hacer prueba de una irreprochable ortodoxia católica.

Hijo de madre católica y de un padre que abjuró la Reforma en su lecho de muerte, el joven Jacques de Faget de Baure fue enviado a los Oratorianos del colegio de Juilly; hizo aquí sólidos y brillantes estudios entre 1764 y 1770. Jean Joseph de Laborde pagó por esta estancia 4.676 libras, pero no parece haber ayudado después a su joven pariente. Después del Colegio, Jacques de Faget estudió Derecho en París y entró como abogado en el Parlamento de Pau a los diez y nueve años. Su padre le cedió su señorío de Argagnon lo que le permitió, a su vez, entrar en el estamento nobiliario en enero de 1775. Este mismo año, los Faget compraron a un pariente lejano, Antoine de Faget de Doat, el cargo de Abogado General, por la suma de 32.000 libras⁵. Jacques entró al Parlamento al año siguiente y perteneció a él hasta su supresión en 1790. Hizo suya inmediatamente la opinión de los parlamentarios de Pau, que tenían una muy alta idea de su preeminencia y que veían en los magistrados «*le génie tutélaire de ses concitoyens*» (el genio tutelar de sus conciudadanos).

En 1783 entró a formar parte de los Estados en razón de su tierra noble de Baure, cuyo nombre adoptó a partir de entonces. Este mismo año fue elegido miembro de la Academia Real de Pau, donde ya se habían ilustrado algunos miembros de su linaje. La Academia era por entonces menos activa que durante la primera mitad del siglo, pero continuaba siendo una especie de coto cultural de las grandes familias parlamentarias, que realizaban en ella una carrera en las Letras y las Artes, paralela a la que proseguían en la ma-

4. Aquellos cargos u oficios de la administración real, cuya obtención -a menudo por compra- ennoblecía automáticamente a su propietario.

5. Por estas mismas fechas, un puesto de Consejero costaba 30.000 libras; el de Procurador General 25.000; el de Sustituto, 15.500, y el de Primer Ujier de Audiencia, 23.000. En 1750 el cargo de Primer Presidente se elevaba a 150.000 libras.

gistratura. La Academia cultivaba con moderación las Luces del siglo, como parece indicarlo el tema del concurso anual de 1758: «El mayor de los abusos, ¿no sería el de desear destruir todos los demás?». Faget de Baure se muestra en sus Memorias bastante severo para con la Academia y sus trabajos. Escribe, así, a propósito de las academias en general: «*Se me desmentiría si atribuyera la corrupción del gusto y la decadencia de las letras a esos pequeños senados, en los que el deseo de brillar y de hacer algo nuevo obliga a adoptar un lenguaje desconocido de nuestros buenos autores. Hemos visto nacer en su seno el arte de cubrir con palabras el vacío de ideas...*»⁶.

En vísperas de la Revolución Francesa, Faget de Baure, con unas rentas cercanas a las 15.000 libras, pertenecía a la elite social, económica y cultural del Béarn. La tormenta revolucionaria puso fin a su carrera bearnesa; ella representó sin duda una suerte para aquel provinciano que sin ella no habría tenido otra perspectiva que la adquisición de la nobleza personal, conservando su oficio. Faget no muestra simpatía alguna por un acontecimiento que arruinaba su carrera profesional y chocaba con sus sentimientos monárquicos. Se negó, no obstante, a emigrar y se retiró a sus tierras; fue arrestado en 1793 como todos los antiguos miembros de los parlamentos. Pero había sabido dar pruebas de su moderación y de su prudencia ya que la municipalidad del pueblecito de Sainte Suzanne, en cuyos términos se encontraba el dominio de Baure, certificó que «*se ha comportado de manera irreprochable y siempre se comportó como un amigo del pueblo*». Una vez liberado, Faget continuó sus actividades campestres y literarias; administró con diligencia sus dominios y comenzó sus investigaciones sobre la historia del Béarn.

La Revolución, sin embargo, había provocado la pérdida de buena parte de su fortuna; el Consulado, régimen autoritario, le pareció digno de ser servido. Su segunda carrera se vio favorecida por un amigo de origen bearnés, el tribuno Pierre-Clément de Laussat. Puso éste a Faget en relación con Pierre Daru, quien rápidamente le tomó como secretario particular; a comienzos de 1802 los dos hombres se convirtieron en cuñados, por el matrimonio de Faget y de Sophie Daru. De esta manera se unían la magistratura de Antiguo Régimen y los servidores del Primer Imperio, salidos de los trastornos revolucionarios. En realidad, los padres de ambos cónyuges habían sido ennoblecidos; Pierre Faget había adquirido una tierra noble, Noël Daru había sido *capitoul* de Toulouse, función que aportaba el ennoblecimiento⁷. Pierre Daru y Jacques Faget eran ambos, además, antiguos alumnos de los Oratorianos, interesados por la literatura y el pasado. Los Daru y los Faget prefiguran la sociedad de notables que triunfará en el siglo XIX.

Ya sea por prudencia y cálculo, ya debido a las circunstancias, Jacques Faget no entró oficialmente al servicio del Imperio hasta 1809; su promoción seguía de cerca la de Daru que le servía de protector. La nueva carrera de Faget fue rápida y brillante; comenzó por la magistratura, en el Comité de lo contencioso, dependiente del Intendente General de la *Maison de l'Empereur*. Prosiguió por su entrada en el *Corps Législatif* en agosto de 1810; Faget fue elegido por el colegio electoral de los *Basses Pyrénées*, con la ayuda activa de

6. Biblioteca Municipal de Pau, Ms.107, Faget s.d. Ver C. DESPLAT, *L'Académie royale de Pau au XVIIIe. siècle*, Pau, 1971.

7. Los *capitouls*, o magistrados municipales, eran calificados de «nobles de cloche».

su esposa que se encargó de su campaña electoral. Fue nombrado después Presidente de la Comisión de Legislación civil y criminal, hermoso testimonio rendido a sus capacidades jurídicas por el *Corps Législatif*. El acceso de Daru al puesto de Ministro Secretario de Estado, en la práctica Primer Ministro, permitió a Faget proseguir su *cursus* imperial. El 8 de octubre de 1811 fue elevado al más prestigioso de los cargos de la magistratura: Presidente de la Audiencia Imperial de París; ocupó esta función hasta su muerte, en 1817. Su carrera imperial conoció su apogeo en 1813, año en que recibió la cruz de caballero de la Orden de la Reunión.

Servidor del Estado y de la ley más que del Imperio, Faget acogió favorablemente la vuelta de los Borbones al trono, y en abril de 1814 votó sin remordimiento alguno la destitución del Emperador. Influenciado quizás por el foralismo bearnés, era partidario de una monarquía legítima y constitucional. Participó activamente en los trabajos de la comisión encargada de la redacción de la Carta; una vez más había sabido hacer apreciar sus competencias y su prudencia. Los Borbones recompensaron su celo otorgándole la cruz de caballero de la Legión de Honor, en octubre de 1814; en compensación, se mantuvo totalmente al margen de la aventura de los *Cent-Jours*. En lo sucesivo prosiguió una brillante carrera política; fue Vice-Presidente de la Cámara de los Diputados y Oficial de la Legión de Honor. En 1816 presidió el colegio electoral de los *Basses Pyrénées*; según su amigo Stendhal, se pensó incluso en confiarle el Ministerio del Interior. Moderado, Faget formaba parte del Centro-Derecha y sostenía el gabinete Decazes; pertenecía a la «*élite lé-gale des notables du royaume*» cuando le advino la muerte, el 30 de diciembre de 1817.

Los éxitos profesionales y políticos de Jacques Faget produjeron efectos considerables sobre su fortuna material. Sus salarios oficiales le permitieron capitalizar una suma de cerca de 100.000 francos; lo esencial de su fortuna reposaba sin embargo en sus propiedades inmuebles y en particular sobre su dominio de Baure, en Sainte Suzanne, estimado en 64.586 francos. Sus ganancias lo clasificaban entre los notables de la cuarta categoría, la que correspondía a unos ingresos comprendidos entre 2.000 y 4.999 francos, y representaba el 30% del grupo de notables. Entre 1789 y 1817 la fortuna de Jacques Faget se había prácticamente doblado; el celibato de su hijo mayor, Henry, el de sus dos hijas, y la desaparición prematura del hijo menor en 1826, no permitieron a la familia Faget proseguir su ascensión, excepcional en la historia social del Antiguo Régimen y de comienzos del siglo XIX.

3. Las lecturas y los libros de un hombre de las Luces

El *cursus* cultural de Jacques Faget de Baure fue tan excepcional como su carrera de magistrado y de hombre político. Alumno de los Oratorianos, pertenecía a la generación que se ilustró en la tribuna de la Convención *montagnarde*, con la que se negó a todo pacto. Gran lector, tomaba abundantes notas en pequeños cuadernillos que él llamaba sus «livres d'or»; en uno de ellos queda inscrita la elocuente divisa: «Nulla dies sine linea». Ningún orden aparente es palpable en esta masa documental, que constituye sin embargo una fuente excepcional sobre las lecturas de un magistrado de Pau del siglo

de las Luces. Es necesario, no obstante, manejar con prudencia estos materiales, que confrontaremos con las obras de la biblioteca de Faget.

Inesperadas lagunas se nos presentan en la lectura de sus cuadernos; en el capítulo de las Bellas Letras no figura ninguna novela; en el del Derecho y Jurisprudencia faltan las obras de derecho bearnés, de las que sabemos, por otras vías, que Faget apreciaba muy particularmente. Por el contrario, la abundancia de notas sobre gramática, filología y poesía en lenguas extranjeras, es reveladora de las orientaciones del sentimiento literario de su autor. Faget no se amilanaba ante largas páginas de sintaxis romana y griega, y deplora repetidas veces la ignorancia del griego entre sus contemporáneos. Su parecer coincide aquí con el de los pedagogos, que deseaban asignar un lugar de honor al helenismo en los programas educativos. Traducen igualmente la importancia del neoclasicismo en el pensamiento y la sensibilidad de Faget.

Ese gusto evidente por la Antigüedad, en particular la griega, se acompaña de manifestaciones más o menos evidentes de pre-romanticismo. Faget descubrió este sentimiento en los poetas italianos Dante y Metastasio, a quienes cita en lengua original; lo cultivó después con Sterne y Milton, de los que traduce extensos párrafos. Su curiosidad literaria era casi universal, ya que, además de los escritores italianos e ingleses, transcribe igualmente poesías rusas, persas y alemanas, las de Klopstock en particular. Faget fue, en realidad, un hombre de las Luces declinantes, su curiosidad literaria era universal; subrayemos particularmente la verdadera anglomanía que alimenta un cierto malestar, y que es común a varios otros magistrados de Pau de la misma época.

Por el contrario, sus «livres d'or» son prácticamente mudos por lo que toca a sus inclinaciones filosóficas. Faget se encuentra, al parecer, más cercano a la generación de los notables del primer siglo XIX que a la de los académicos de Pau de 1750. Por una parte se deja ir a ensueños poéticos y sentimentales; por otra se apasiona por las matemáticas y la economía política. Al lado de unas cuantas máximas morales, multiplica sus reflexiones sobre la geometría y el arte de la política; hasta el punto de proyectar la redacción de un «Essais sur la probabilité des élections par scrutin...». Faget, monárquico moderado aunque firme, no era hombre que pudiera consagrarse a debates abstractos sobre la ideología.

Aún más que la filosofía, la religión se encuentra ausente de sus notas; este colegial de Jully era el perfecto representante de una evolución secular que había estado marcada por el retroceso constante de la literatura religiosa. Lo que no hacía, posiblemente, de Faget ni un ateo ni siquiera un agnóstico. Poco sensible a la historia del destino último del hombre, se apasiona, por el contrario, por su historia terrestre. Historiador, acumula un número impresionante de notas genealógicas y de noticias sobre la historia griega y moderna, la de Inglaterra y Escocia en particular. Lee igualmente, con la pluma en la mano, numerosas narraciones de viajes, y las ilustra incluso a veces con magníficos croquis manuscritos.

Las notas manuscritas de Jacques Faget de Baure no son suficientes para reflejar el conjunto de sus lecturas, y el examen de los libros de su biblioteca corregirá este primer juicio sobre sus gustos dominantes. No poseemos inventario alguno contemporáneo de la biblioteca de Faget; disponemos, sin

embargo, de un inventario realizado poco después de su muerte con los libros que conservaba en su mansión señorial de Baure⁸.

El estado de conservación del documento es malo y nuestras conclusiones no podrán ser sino parciales y relativas. Los libros de Faget confirman sus notas de lectura excepto en un caso, pero sumamente importante: los libros de religión, muy pocos sobre teología y muchos de devoción, representan cerca de la cuarta parte de los títulos que nos son conocidos. Nada, ni en el carácter del personaje ni en sus escritos, permitiría adivinar una sensibilidad que se aleja de la que manifiestan a propósito de la religión otras muchas bibliotecas vasco-bearnesas⁹. La práctica inexistencia de libros de derecho es bastante insólita en el caso de un jurista tan eminente como Faget de Baure; parece como si este antiguo abogado general hubiera establecido una separación absoluta entre su vida privada y su vida pública. Faget nos aparece, ante todo, como un gran entusiasta de las bellas letras; sus gustos, en apariencia conformes a las grandes tendencias del siglo, eran en realidad excepcionales. La proporción de gramáticas y de diccionarios coloca a Faget muy por encima de la masa de los eruditos de provincia; varias gramáticas latinas y griegas, una italiana, una de hebreo y una vasca, constituyen un caso único en el Béarn. Un diccionario griego, otro greco-latino, uno francés-latín y uno italiano, confirman lo extenso de la cultura greco-latina de Faget, así como las orientaciones dadas por sus notas de lectura. Subrayemos, entre estas herramientas de trabajo, una gramática española y un diccionario español-francés que constituyen, por otra parte, las únicas obras de esta biblioteca relacionadas con España. Disponía Faget de unos veinticinco títulos en latín, entre los que se encuentran todos los historiadores romanos; una docena en griego, entre ellos un Homero, Píndaro, el *Diálogo de los muertos*, el teatro de Sófocles y el *Nuevo Testamento*. Poseía además unos quince libros en inglés, que confirman el mal del siglo, del que hace gala en sus *Souvenirs*: las *Nuits de Joung*, *A sentimental Journey*, *The Vicar of Wakefield*. Continuando en la misma línea sobre literatura, la plaza que ocupa la poesía es igualmente excepcional en una provincia. Aunque atraído por las formas de sensibilidad prerrománticas, no obstante Faget permanecía fiel a los modelos del *Grand Siècle* y conservaba las obras de Corneille, Racine, Boileau, Regnard y Mme. de Sévigné. Sus libros de Filosofía eran también, en su mayoría, anteriores al siglo XVIII: Montaigne, Pascal, Fénelon, Montesquieu y Voltaire representan las únicas obras importantes del siglo XVIII en la biblioteca de Faget. Como bearnés, él fue posiblemente uno de los raros lectores de la narración filosófica de un abogado del Parlamento de Navarra, P. Hourcastremé, titulado: *Les aventures de Messire Anselme chevalier des loix*. Subrayamos igualmente, en este hombre una sensibilidad original e incluso contradictoria, la presencia del *Génie du christianisme* de Chateaubriand, el libro de cabecera de la nueva generación literaria.

8. Archivo Departamental de los Pirineos Atlánticos; 1 J. 61/41. Este inventario nos ha permitido contar unos 500 títulos.

9. Ver C. DESPLAT, *L'Académie royale*, op. cit., así como «Bibliothèques privées mises sous séquestre dans le département des Basses Pyrénées pendant la Révolution», in *Les bibliothèques au XVIIIe. siècle*, Bordeaux, 1989.

El número elevado de libros de historia en su biblioteca no nos sorprende; Clío era, en efecto, la musa predilecta de los provincianos, y la curiosidad histórica de nuestro autor nos es bien conocida. Los libros más numerosos son los relacionados con la historia moderna de Francia, a veces incluso con la historia más contemporánea como el *Affaire du collier de la reine*, *Necker et les États* y una *Défense des émigrés*, que tanto dice sobre los sentimientos políticos de Faget de Baure. No nos extrañaremos de encontrar en su biblioteca un número bastante elevado de narraciones de viajes, entre las cuales figura el inevitable *Voyage du jeune Anacharsis* y un *Itinéraire de Paris à Jérusalem*; nada, por el contrario, sobre España. Esta ausencia casi total de obras relacionadas con la Península Ibérica nos sorprende tratándose de un bearnés, y sobre todo es difícil de explicar. ¿Viajó Faget por el País Vasco con su memoria virgen de todo recuerdo literario? Esta hipótesis es poco verosímil cuando se leen sus escritos; no podemos, sin embargo, rechazarla de plano porque ella explicaría la originalidad y la prespicacia de las observaciones de Faget en su viaje por Navarra. Anglófilo, se interesa muy particularmente por la historia de Inglaterra y de Escocia, que constituye lo esencial de la rúbrica de historia moderna extranjera. Continuando en esta categoría histórica, observamos, para terminar, el poco interés y la medianía de los libros que tratan de historia eclesiástica, que contrasta con el gran número de libros de piedad.

Aunque no demasiado numerosa, la biblioteca científica de Faget merece nuestra atención. Los bearneses del siglo XVIII fueron, por lo general, poco sensibles a las ciencias y a las artes; se ha achacado a su educación, primero en los Jesuitas y después en los Benedictinos de Saint Maur, la responsabilidad de tal ausencia de curiosidad. La curiosidad de Faget por estos temas es, pues, aún más notable. Se interesa tanto por la investigación teórica –tratados de matemáticas, de óptica o de electricidad– como por los estudios prácticos. Sus libros sobre agronomía constituyen una verdadera excepción en Béarn: *Manuel d'agriculture*, *Dictionnaire vétérinaire*, *Code du propriétaire*, las *Vaches laitières* Su curiosidad por la arquitectura, la pintura y la escultura es igualmente excepcional. Propietario que presta toda su atención a la gestión de sus dominios durante todo el período revolucionario, enamorado de historia del arte, Faget representa, sin duda, un viajero perfectamente preparado para observar con precisión las regiones por las que transita.

Faget se distinguía, finalmente, de sus compatriotas bearneses por la abundancia de periódicos que leía: el *Journal encyclopédique*, el *Journal étranger*, el *Mercure français*, el *Almanach des Muses*, etc.

4. La obra histórica y literaria del autor de los «Souvenirs»

Si se le hubiera pedido que se calificara a sí mismo, Faget de Baure habría escogido sin duda los calificativos de historiador y «anticuario», es decir, enamorado de arqueología. De todos los historiadores bearneses del siglo XVIII, es el único que merece el título de erudito; el único que va más allá de la simple compilación y de la crónica. Entre sus abundantísimas notas, sus *Matériaux pour l'histoire de Béarn* nos desvelan su método. Gran lector, el Faget historiador se volvía naturalmente hacia sus eminentes predecesores; tuvo así acceso a los manuscritos de Marca, leyó a Gregoire de Tours y César, pero también a Gibbon. Más aún, manifiesta Faget inclinaciones y talento propios

de un antiguo alumno de l'Ecole de Chartes, poco corrientes en los provincianos de su época. Sin acusar hastío ni cansancio, transcribió documentos medievales, actas privadas y el Fuero antiguo de Béarn. Su curiosidad arqueológica demuestra, finalmente, su interés por el documento original; Faget se apasiona por las excavaciones de Herculaneum y emprendió, a partir de narraciones de viajes y de una relectura de los textos homéricos, la empresa de determinar la ubicación exacta de Troya. Mucho antes que Schlieman, Faget había llegado a obtener resultados sorprendentes pero que jamás fueron publicados. En los Pirineos, realizó excavaciones en implantaciones antiguas, y recopiló varias inscripciones latinas en Salis y Bagnères. Fue posiblemente el primero que descubrió el secreto de los *oppida*, que atribuyó a los Iberos. Este gusto particular por el lejano pasado no lo apartaba, sin embargo, de la historia contemporánea y emprendió novedosas investigaciones sobre la población de Béarn y de Labourd.

Sin ser un gran innovador, Faget dio pruebas de un espíritu crítico en aquella época bastante poco corriente. El mejor ejemplo de su método lo constituye su *Histoire du canal de Languedoc*; no ocultaba, muy al contrario, que defendía una tesis al escribir tal libro: pretendía rehabilitar la memoria de Riquet y demostrar las ventajas económicas del Canal du Midi. Apasionado estaba, igualmente, por la cuestión del canal pirenaico entre Bayona y Toulouse, que preocupaba a las mejores cabezas de la provincia desde hacía dos siglos. Encontramos, así, en Faget de Baure la marca de ese utilitarismo tan característico del pensamiento provinciano del siglo XVIII, ilustrado en particular por la Academia Real de Pau. Para probar lo acertado de su tesis, soslayaba toda polémica: «*le seul moyen d'éclaircir une semblable question est de constater les faits. Nous allons composer une histoire non avec des conjectures et des probabilités, mais avec les pièces originales conservées soit à la Bibliothèque royale, soit aux Archives du canal...*»¹⁰. Y cumplía sus promesas recurriendo continuamente a las fuentes documentales: los documentos justificativos ocupan, en efecto, casi la mitad de su estudio. Al mismo tiempo presentaba, al final de varios capítulos, un estado de la cuestión en el que examinaba las diversas opiniones sobre el tema tratado: «*Examen des assertions contenues dans divers ouvrages. Limites dans lesquelles cette discussion est renfermée*». Finalmente, el mejor índice de la modernidad de su método lo tenemos en su preocupación por aportar al lector una abundante información cifrada; intentaba evaluar los costos y las ganancias del Canal de Midi.

Amante del documento, Faget era también un historiador comprometido; pensó probablemente imitar a P. de Marca y continuar una historia general de Béarn. Le faltó tiempo y sus *Essais historiques sur le Béarn* fueron publicados a título póstumo en 1818; en este trabajo terminado en 1786, Faget se proponía ofrecer a sus lectores: «*Le spectacle assez intéressant par luy même d'un peuple indépendant au milieu de deux vastes monarchies; ce peuple n'a jamais obéi qu'à des maîtres de son choix, n'a jamais reçu d'autres loix que celles qu'il a faites lui même*». He aquí una verdadera profesión de fe foralista nada sorprendente de parte de un Abogado General del Parlamento de Navarra, donde se sostenía que el Fuero era una auténtica constitución. En una *Mé-*

10. Faget de Baure, *Histoire du canal de Languedoc*, Paris, 1805, p. VIII.

moire sur les affaires de la province, no fechada pero anterior con seguridad a 1789, Faget se planteaba el problema de cual sería el mejor tipo de gobierno posible y pasaba revista a diferentes hipótesis: «*un gouvernement mixte, républicain sous un monarque. Ce gouvernement ne convient point à des pays vastes (...) que le sort de la Pologne serve de leçon à ces républiques mixtes. Celui de l'Angleterre sera-t-il plus heureux?*»¹¹. Tras haber desarrollado así el ejemplo del régimen parlamentario y constitucional británico, Faget concluía: «... *j'ay tracé sans le vouloir le plan de la constitution du Béarn, il remplit les vues qu'un homme libre se propose dans le choix d'une patrie*». Las ideas foralistas de los parlamentarios bearneses tuvieron ecos lejanos; en 1818, el *Journal des Maires*, publicación monárquica, recordaba, al presentar los méritos de la «Charte», que: «*C'est au pied des Pyrénées que naquit cette liberté constitutionnelle dont l'Europe s'honore aujourd'hui*»!. Este neoforalismo tenía consecuencias políticas; en 1789 los bearneses no dudaron en enviar sus diputados a Versailles y el *Cahier des Grièfs de Navarre* proclamaba que: «*ce n'est donc ni une constitution nouvelle, ni de nouveaux droits que les Etats Généraux demandent. Par la constitution du royaume de Navarre aucune loi ne peut être changée, faite, abrogée, ni modifié que dans l'assemblée des Etats*». La ideología foral se alimentaba de los trabajos históricos como el de Faget, que decidía interrumpir su *Essais sur le Béarn* en 1620: «*ici se termine l'histoire du Béarn, puisque des privilèges méconnus et les plaintes inutiles des peuples ne sauraient former une histoire*». La Revolución demostrará con toda claridad que el pueblo no compartía las tesis neoforalistas de la aristocracia, y que prefería la igualdad al interior de la «Grande Nation» y no determinadas libertades que no eran en realidad sino privilegios para los poderosos. Pero el *cursus* político e intelectual de Faget de Baure demuestra igualmente el interés que hay en observar un neoforalismo que se acomodó a todos los regímenes autoritarios: el Imperio y la Restauración.

Una muerte precoz, pero también sus obligaciones administrativas y políticas no permitieron a Jacques Faget de Baure publicar la mayor parte de sus obras literarias e históricas. Si exceptuamos la *Histoire du canal de Languedoc*, publicada en 1805, y los *Essais historiques sur le Béarn*, que vieron la luz en 1818, todo lo demás permanece en estado de manuscritos. Los *Mélanges*, vasta compilación literaria, estaban prestos para la imprenta cuando su autor murió¹². *Les Soirées* o la *Lettre sur le voyage de Troade* se encontraban igualmente aptas para publicación en el estado en que han llegado hasta nosotros. Por el contrario, varios trabajos menores como el *Essai sur l'existence des protestants* no parecen haber estado destinados al público¹³.

Entre los trabajos publicables, los más importantes son sin duda los *Souvenirs de voyage en France et en Espagne*. Este texto existe en tres ejemplares, uno de ellos incompleto¹⁴; se trata en cada caso de copias magníficamente caligrafiadas. El primer manuscrito consta de tres volúmenes encuadernados de 792, 793-1490 y 1491-2050 páginas, con unas dimensiones de 22 x 18,7; el segundo se compone de dos volúmenes encuadernados de 481, 482-857 pá-

11. A.D.P.A.; 1 J. 61/7.

12. A.D.P.A., 1 J. 61/8.

13. A.D.P.A., 1 J. 61/7.

14. A.D.P.A., 1 J. 661/16.17.18.

ginas, de una dimensión de 38 x 23¹⁵. No hay ninguna variante entre ambos textos, y hemos adoptado el primero únicamente por ser perfectamente legible. Los dos llevan la fecha de 1784, sin que sepamos si se trata de la fecha del viaje o de la fecha de redacción; es seguro, no obstante, que estos *Souvenirs* fueron redactados antes de la Revolución francesa, en la época en que Faget de Baure era todavía Abogado General del Parlamento de Navarra. Se nos presenta el autor bajo la apariencia de un amable diletante, afectado del mal «fin de siglo», lo que confirma su anglofilia: «*Et moi aussi je veux écrire mon Odyssée: ce n'est pas que je prétende à l'immortalité mais je suis oisif et je m'ennuie!*». En suma, todo lo contrario de la realidad; el resultado más palpable de tal actitud es el de privarnos de cualquier precisión sobre las condiciones materiales e incluso sobre el itinerario del viaje de Faget, quien nos confiesa únicamente haberse inspirado en la narración de L. Sterne *A Sentimental Journey through France and Italy*, publicado en 1780. Existe en nuestro bearnés una verdadera afectación cuando declara: «*je ne veux point que l'on sache d'où je suis parti et il m'importe de garder l'incognito (..) Je ne veux pas que le lecteur puisse deviner ni mon rang, ni mon pays, ni rien de ce qui me concerne et j'aurai le plaisir d'être à mes propres yeux un auteur anonyme*». Faget observa efectivamente esta decisión; no pudo, sin embargo, impedir que se infiltraran en su narración consideraciones morales inspiradas en su cultura greco-latina. He aquí cómo juzga París y los parisinos: «*J'ai cherché Alcibiade à Paris et je n'y ai trouvé que ses vices. Ce n'est pas ma faute si je n'ai pas découvert Socrate; je n'avais pas la lanterne de Diogène, mais je n'en ai pas besoin pour y retrouver Laïs et Phryné et les autres prêtresses de Vénus*». Estas consideraciones desilusionadas sobre las costumbres de la capital marcan el tono general de los *Souvenirs* de Faget; los juicios de valor son raros y un amable escepticismo no impide al autor manifestar sus «sentimientos». He aquí por qué exige obras de arte más que formas hermosas, y que una parte de su viaje no es, en efecto, sino un itinerario sentimental, un viaje en torno a sí mismo: «*J'éprouve que la beauté d'un édifice satisfait les yeux sans affecter l'âme; j'admire la régularité et l'élégance de ces colonnes; je vois avec plaisir l'élégance et la légèreté de ces voûtes, mais ce n'est qu'un art presque mécanique; et je regarde ces chefs-d'oeuvre du même oeil qu'une décoration de théâtre. Mais si cet édifice est antique, s'il a vu passer plusieurs siècles devant lui, s'il a été le lieu d'un grand événement ou s'il renferme les cendres d'un homme illustre, alors je me sens ému, mon imagination me présente les vicissitudes des choses humaines; je me crois un instant le contemporain des grands hommes qui illustrèrent leur siècle*».

Con tales disposiciones, no nos sorprende que las primeras páginas de los *Souvenirs* estén consagradas a España, «*le pays des romans*». La cultura y la imaginación del autor, unidas a sus capacidades de observación, han configurado un testimonio original de la época en que se produjo. Es necesario, no obstante, confrontarlo con otras imágenes bearnesas pergeñadas por esa misma época. Ciertas narraciones ampliamente divulgadas, con bastante retraso en el caso de España, no deben hacernos olvidar un número considerable de textos que difundían en las provincias el retrato de España y de los españoles en general –y de los navarros en particular– vecinos próximos de los bearneses.

15. A.D.P.A., 1 J. 61/16 y 17.

II. IMÁGENES BEARNESAS DE ESPAÑA

La importancia de la idea que los pueblos se hacen de sus vecinos, está más que suficientemente demostrada. Hasta el punto de que puede llegar a tener más importancia en sus relaciones bilaterales que las relaciones económicas y culturales¹⁶. Idealizado o caricaturizado, el otro sirve, según las necesidades, de modelo o de culpable. Estas manifestaciones colectivas no escapan, por otra parte, a las leyes de la cronología; una imagen se sustituye por otra, un objeto de admiración se transforma en objeto de repulsión, a través de oscuros caminos, difíciles de seguir. La memoria de las masas no forma un cuerpo inerte; adopta, es cierto, modelos elaborados por algunos grandes intermediarios; pero los deforma, los reprograma a su manera y elabora sus propias imágenes.

Sería inútil querer a toda costa distinguir los estereotipos populares de los de las elites. Todos ofrecen la misma plasticidad; sin ser nunca neutros, están siempre cargados de potencialidades contradictorias. La historia de estas imágenes es, pues, la de los fenómenos de muy larga duración, pero también la de acontecimientos que sirven, en un momento dado, de catalizadores, y que dan un sentido bien preciso a algo que hasta entonces no tenía sino sentido. Durante los siglos XVI y XVII toda una abundante literatura se había encargado de presentar un retrato nada halagador de España y de los españoles¹⁷. La confrontación dinástica no era, evidentemente, extraña a tales manifestaciones, a veces claramente xenóforas. Con la llegada de un Borbón al trono de España y el Pacto de Familia, estas obras de circunstancia pierden su razón de ser. La entronización de Felipe V, por el contrario, va a favorecer la aparición de obras destinadas a hacer conocer mejor España a los franceses¹⁸. Las narraciones de viajes se multiplicaron a finales del siglo, en particular las del pintor y grabador Jean François Peyron, quien publicó en Ginebra, en 1780, unos *Essais sur l'Espagne et voyage fait en 1777 et 1778 où l'on traite des mœurs, du caractère, des monuments, du commerce*, reeditado en 1782. España no suscitó, sin embargo, durante el Siglo de las Luces la gran admiración que provocó Italia, aunque el público cultivado tenía a su disposición un considerable número de narraciones de viajes y de descripciones¹⁹.

Podemos preguntarnos, sin embargo, cuántos bearnese tuvieron acceso a tales libros y cuál pudo ser su influencia real sobre las representaciones colectivas²⁰. El contenido de las bibliotecas bearnesas del siglo XVIII aporta un embrión de respuesta a la cuestión: España no estaba totalmente ausente de ellas. De una veintena de inventarios, siete contienen obras relativas a España, a su historia sobre todo. El marqués H. Bernard de Lons poseía en 1733:

16. En muchos casos estas imágenes se forman a partir de la ignorancia recíproca, como lo demuestra R. Remond, *Les Etats-Unis devant l'opinion française, 1815-1852*, París, 1962; 2 Vol.

17. Ver C. DESPLAT, «Aspects du sentiment anti-espagnol en France au début du XVIIIe. siècle»; in *Bull. S.S.L.A.*, 1969, pp. 91-103.

18. FOULCHE-DELBOSC, *Bibliographie des voyages en Espagne et au Portugal*, París, 1896.

19. J. SARRAILH ha demostrado que existían pocas narraciones objetivas sobre la España del siglo XVIII. N. BROU a analizado, no obstante, «Deux témoignages français sur l'Espagne de la fin du XVIIIe siècle», in *Actes Congrès Nat. Sociétés Savantes*, Pau 1969, p. 200.

20. Su estudio ha sido realizado, por lo que concierne la Auvergne, por L. TRENARD, «Images d'Espagne au temps de l'émigration auvergnate», in *Actes 88e. Congrès Nat. Sociétés Savantes* 1963, Clermont Ferrand, 1964, pp. 731-761.

Zayde, histoire espagnolle; el primero y el segundo tomo de las *Nouvelles espagnolles*; y el tercer tomo de la *Guerre de Grenade*. Balthazar Philippe, conde de Mérode tenía en sus estanterías una *Histoire de Philippe II, Roy d'Espagne*, escrita por Vaston, en cuatro volúmenes²¹. Abogado de Morlaàs y futuro diputado del Tercer Estado en los «Etats Généraux», Lostalot de Morlaàs poseía igualmente las *Nouvelles espagnolles*²²; Nabos, mercader de Morlaàs, conservaba una *Histoire d'Espagne*²³ y Pierre Grouzet, comerciante facturador de Gan, tenía una *Histoire de Don Quichotte*²⁴. El caso de las bibliotecas clericales era más original. En vísperas de la Revolución francesa, J. Cangran, párroco de Salis, poseía una *Histoire générale d'Espagne* en dos volúmenes escrita por Loys de Mayerne Turquet, pero también el *Catéchisme ou introduction au symbole de la foy composé en espagnol* por el R.P. Louis de Grenade, traducido al francés por M. Girard²⁵. La influencia ibérica era aún más clara en el cura de Ainhoa, Inda, en cuya casa se encontró en 1793 una lista en español de libros prohibidos por la Inquisición: *L'Ingénu et l'Homme au Quarante écus*, *Les Incas* de Marmontel, varias obras del marqués de Argens, pero también el *Petit Albert*²⁵. Así pues, no sólo un cierto número de bearneses conocía la historia de España, sino que sus lecturas se inspiraban en obras y prejuicios sobre la Península.

En realidad, desde hacía siglos, los destinos del Béarn y de España estaban unidos. Desde los lejanos tiempos de la Reconquista y de los convenios de «lies et passeries» (facerías) sobre aprovechamiento de los pastos, las relaciones no se habían interrumpido. Un calendario local del siglo XVIII recuerda que «*si les Béarnais n'ont pas eu beaucoup de rapport avec les Français, ils ont formé de très importants avec les Espagnols*». Ya en 1350, los «Récits d'Histoire Sainte» bearneses citaban las tres ciudades más grandes del mundo, fundadas por Julio César: Toledo, Segovia y Zaragoza²⁶. Tal geografía dice mucho sobre la que realmente conocían aquellos bearneses. En los períodos de crisis de subsistencias, éstos se dirigían más espontáneamente hacia los graneros de la llanura del Ebro que hacia los del reino de Francia. Durante el siglo XVIII, el Parlamento de Navarra registró sesenta y dos peticiones presentadas por bearneses residentes en España, solicitando certificados de catolicidad y pureza de sangre; estas solicitudes fueron particularmente numerosas entre 1766 y 1780. Geográficamente conciernen sobre todo al vecino Aragón, a los países de la Corona de Aragón, a las regiones entre Valencia y Cádiz y, cada vez más, a Madrid. La nobleza de ambos países se emparentaba con facilidad y algunas familias partían a probar fortuna al otro lado de los Pirineos²⁷. Con ocasión de graves dificultades, como la epizootia de 1774-1776, la emigración hacia España era un remedio natural, «*un exil chez des peuples amis*» como lo recordaba en su Carta Pastoral el Obispo de Lescar, Monseñor de Noé. Por su parte, las familias españolas enviaban sus hijas a los

21. A.D.P.A.; III E 2320 (1973).

22. A.D.P.A.; Q. 524.

23. *Ibidem*; Q. 527.

24. *Ibidem*; III E 2759 (1781)

25. *Ibidem*; III E 1680.

26. *Ibidem*; Q. 518.

27. *Récits d'Histoire Sainte*, texto en lengua bearnesa, publicado por V. LESPY y P. RAYMOND, Pau, 1871, 2 vols.

conventos de Pau para que aprendieran las «*manières françaises*». Y cuando se estudió la posibilidad de implantar una Escuela Central en Pau en 1795, el jurado encargado de contratar a los profesores aconsejó con insistencia que se creara una cátedra de español, so pretexto que «*notre idiome particulier est plus castillan que français (...) les piastres et les quadruples ont cours accoutumé de monnoie parmi nous comme à Madrid, et la plupart de nos capitaux viennent d'Espagne: il n'est point une de nos familles un peu nombreuses qui n'y envoie de ses enfants...*»²⁹.

La historia, los intereses y los sentimientos habían creado así entre el Béarn y España lazos antiguos y estrechos. La mayoría de los bearneses conocía España y los españoles; aunque este conocimiento era totalmente empírico. Ciertamente se pueden encontrar alusiones, ciertos rasgos de un estereotipo clásico, como en la obra del abogado P. Hourcastremé que describe al «*espagnol dans sa gravité majestueuse*» sin mayores detalles³⁰. Sin embargo, las relaciones físicas fueron tan evidentes cuanto los testimonios contruidos son raros y tardíos. Y esta carencia pone de manifiesto otra: la ausencia de determinados géneros en la producción literaria provincial. Prácticamente ausentes de las bibliotecas bearnesas, las narraciones de viajes lo estaban también de la literatura local.

Aparentemente, hubo que esperar a la segunda mitad del siglo XVIII y las consecuencias de un movimiento más general, el descubrimiento de la naturaleza y de la montaña, para que los bearneses se decidieran a escribir lo que veían desde hacía siglos. Para que existieran los «recuerdos» y las narraciones de viajes, era necesario igualmente que el viaje en sí mismo existiera. Desde Montaigne al Presidente de Brosses, los ejemplos de viajeros no faltan, es cierto, a todo lo largo de la edad moderna. Pero el viaje era sobre todo italiano y más introspectivo que documental o turístico. Como forma del ocio aristocrático, en el sentido actual del término, no aparece mucho antes de 1750.

La realidad se nos presenta, sin embargo, más compleja, y los testimonios locales adquieren aquí todo su valor. Nos demuestran éstos que la distancia entre las narraciones populares y las de las elites de la cultura y de la fortuna no era tan grande como se ha querido decir. En todo caso, el viaje tenía una función educativa, a la vez que representaba una especie de rito iniciático. Todas las narraciones que poseemos pertenecen a hombres jóvenes para los que el periplo allende los Pirineos fue ante todo una experiencia del mundo y de los hombres en general. Este rasgo común no debe ocultar, es cierto, las profundas divergencias existentes; pero tampoco habría que olvidarlo. Los «viajes» bearneses por España representan, además, un interés añadido: demuestran cómo podían existir juntos varios objetivos diferentes que estaríamos tentados de calificar de arcaicos porque se asemejan a muy antiguas formas de peregrinación, eran narraciones de peregrinos. Jean Bonnezeze, hijo de un labrador de Pardies, nacido el 20 de marzo de 1726, realizó su peregrinación a Santiago de Compostela en 1748. Nos dejó su recuerdo en una curiosa me-

28. A.D.P.A., III E 3050, fol. 78 (familia Roux de Gaubert).

29. *Ibidem*, I L.28, fol. 12.

30. HOURCASTREME, P., *Les aventures de Messire Anselme, chevalier des Loix*, París, ans II y IV, 4 vols.

moria titulada: «Testament politique»³¹. Bonnacaze abrazó el estado sacerdotal y fue un polígrafo que trabajó sin descanso, y que escribió y publicó sobre todos los temas posibles. J. P. Racq de Bruges, igualmente hijo de labrador, realizó su peregrinación a los veinte años, en 1789; nada más sabemos sobre este personaje³².

El último testigo que consultaremos es Jacques de Faget, el único, muy posiblemente, que tuvo pretensiones literarias.

El interés de estos tres testimonios, muy desiguales por su importancia, y de los que uno solo ha sido publicado, y en época tan tardía como el siglo XIX, reside en su independencia frente a la literatura de su tiempo. Fuera de toda influencia aparente, nos ilustran sobre la manera como se elaboraban y divulgaban los estereotipos.

1. El viaje

Las tres narraciones de que disponemos tienen el mérito de tratar sobre la misma región: la Navarra española y Galicia. El itinerario de Faget de Bauré fue el más sencillo; comenzó en Pamplona y terminó en San Sebastián. Nada dice Faget de las etapas que precedieron a su llegada a Pamplona: «*me voilà donc à Pampelune, capitale de la Navarre espagnole; j'y ai fait mon entrée à sept heures du soir, la veille de la fête locale*». Tampoco precisa la distancia ni la duración de sus etapas, que parecen, no obstante, haber sido muy variables.

Bonnacaze y Racq siguieron el mismo camino desde Roncesvalles hasta León, pasando por Pamplona, Estella, Viana, Logroño, Burgos y Sahagún. El primero cortó después por Ponferrada directamente a Santiago de Compostela; el segundo bifurcó por Oviedo, Ribadeo y Villalba³³. Tras unas cuantas etapas rápidas, doce leguas diarias, Bonnacaze se transformó pronto en vagabundo; el retorno fue más rápido, «*sans s'arrêter beaucoup*», recorriendo unas diez leguas diarias entre León y Pardies. Habiendo salido el 1 de mayo de 1748, estaba de vuelta «*au commencement d'août*». J. P. Racq, provisto de un pasaporte y de algún dinero, realizó su peregrinación a un ritmo más regular y más lento, recorriendo entre cuatro y seis leguas al día.

Ninguno de nuestros tres viajeros tenía exactamente el mismo objetivo en su recorrido por las rutas de España. Sólo J.P. Racq era un auténtico peregrino, movido por el deseo único de ir a Compostela para ser admitido a su vuelta en la Cofradía de Santiago de su parroquia. Y su escrito lo realizó únicamente para un amigo que deseaba ir también a Santiago. El manuscrito de Racq puede ser, pues, considerado como una variante de las guías tradicionales del peregrino. Los motivos de Bonnacaze eran más complejos; su vocación clerical contrariada por sus padres, tomó «*la résolution d'aller étudier en Espagne; et pour réussir à son projet, je pris le prétexte d'aller à Saint-Jacques*». Más tarde, bajo el peso de la miseria, dió a su aventura un nueva razón de

31. Texto publicado por V. DUBARAT; in *Mélanges de bibliographie et d'histoire locale*, T. III, Pau, 1898, pp. 205-210. Bonnacaze publicó en Pau una *Histoire de la chapelle Notre Dame de Piétat sise au lieu de Pardies près de Nay*, y un *Catéchisme évangélique de la doctrine chrétienne puisée dans l'Écriture Sainte*, 1793.

32. Interesantes extractos del manuscrito de J.P. Racq han sido publicados por H. SEDZE en la *Revue régionaliste des Pyrénées*, núm. 187-188; 1970.

33. Ver C. DESPLAT y P. TUCCO CHALA, *Atlas de la Principauté de Béarn*, Pau, 1980, p. 60.

ser: «*je me rapellai pour lors le lit que j'avais laissé chez mon père, et faisant en même temps réflexion à ma vocation, je dis qu'il fallait souffrir pour arriver au but où il me semblait que Dieu m'appelait et que ces souffrances n'étaient que pour m'éprouver davantage et pour les fautes de ma jeunesse*». Desde esta perspectiva, España aparecía como una tierra de penitencia, de tránsito moral y social, ya que Bonneau no perdía de vista su motivación inicial: «*arriver à Léon pour y fixer ma demeure et étudier*». De vuelta a Francia, se dedicó, a pesar de todo, a redactar un itinerario comentado de su viaje y fue admitido en la Cofradía de Santiago de Asson. Su narración, como la de Racq, tuvo de esta manera una prolongación proselitista de la que careció en absoluto la de Faget.

Pertenecía éste a una especie diferente de viajero y a otra categoría mental. Manifestación de un ocio aristocrático, el viaje se transforma aquí en manifestación de un *ego* particularmente profundo. *Dandy* por anticipación, Faget sufría del mal de los fines de siglo y adoptaba un tono falsamente desilusionado. Sus predecesores daban testimonio de una experiencia espiritual que los transcendía y aportaban informaciones prácticas para los que desearan seguir sus pasos. Faget satisfacía unas exigencias exclusivamente personales: «*l'Odyssee, l'Enéide et Télémaque ne sont que des recueils de voyage; ils ont suffi pour immortaliser leurs auteurs. Et moi aussi je veux écrire mon Odyssee: ce n'est pas que je prétende à l'immortalité, mais je suis oisif et je m'ennuye. N'est ce pas là une raison suffisante d'écrire, dut-on ennuyer ses lecteurs et n'amuser que soi?*». Deseaba, por otra parte, guardar secreto su verdadero itinerario, como él mismo lo precisa: «*je ne veux point que l'on sache d'où je suis parti*». Afecta, finalmente, el anonimato más absoluto, el del cosmopolitismo del Siglo de las Luces: «*A Madrid on m'a pris pour un Gallicien, à Paris j'ai eu l'honneur de passer pour un Champenois, à Londres il y avoit des paris que j'étais Ecossois*».

Faget de Baure no nos procura prácticamente ningún detalle sobre las condiciones materiales de su viaje, por la simple razón de que estaba al abrigo de cualquier necesidad. Viajaba en un cabriolé ligero tirado por un solo caballo y elogia la excelencia de ciertos albergues españoles, el de Oyarzun en particular, instalado por el gobierno. Señala, igualmente, la importancia del Hospital General de Pamplona, bien organizado y con gran reputación de institución benéfica. La imagen que nos da de la hostelería española está en los antípodas de los clichés tradicionales. Sin mayor interés, voluntariamente olvidados, o considerados por Faget con el optimismo de un adinerado, estos aspectos materiales del viaje constituyen, por el contrario, lo esencial de las narraciones de Bonneau y de Racq. Éstos ven a España a través de las innumerables miserias de su periplo, y podemos medir, por su lectura, la parte que los oscuros y los anónimos pudieron tener en la elaboración de un estereotipo que, por necesidad, era prácticamente siempre negativo.

Bonneau describe con todo detalle su miseria; sus tres compañeros de ruta «*avaient des passeports et de l'argent et je n'avais ni passeport, ni argent, excepté trois livres; je me livrais entièrement à la Providence*». El desdichado no tenía sino «*une mauvaise paire de souliers*» que no le duraron sino hasta Pamplona. «*Depuis lors —précise-t-il— je marchais pieds-nus par tout le chemin jusqu'à mon retour à Logroño, ville de Castille, où une veuve, touchée de compassion, m'en donna une paire...*». Desde Roncesvalles, sobrevivió gracias a la caridad de los hospitales y a la mendicidad, «*la pluie d'un côté, la misère et la fa-*

mine de l'autre, tout m'accablait». Si exceptuamos el de Roncesvalles, los hospitales que frecuenta Bonnecaze no se parecen en nada a los que visita Faget. En Santiago mismo, «*on ne laissait les pèlerins que trois jours pour coucher à l'hôpital*». En León, «*j'entrai à l'hôpital royale Saint-Antoine, où je demeurais un mois (...) il y avait d'ailleurs une espèce d'épidémie dans l'hôpital, dont il mourait dix et douze personnes par jour (...); ce qui m'engagea à sortir de l'hôpital fut de voir trois autres camarades morts à mes côtés et un vis-à-vis de mon lit; je devais passer la nuit suivante entre ces trois morts; la terreur me saisit...*». Es comprensible que tales experiencias no contribuirían a dejar unos recuerdos idílicos de España en la memoria de Bonnecaze y sus compañeros de viaje.

No todo, sin embargo, era tan sombrío en el cuadro que nos pinta sobre las condiciones materiales de su viaje. Recordaba «*avec plaisir*» su estancia en Roncesvalles y en particular el régimen alimenticio excepcional de su hospital. «*On donne trois repas dans cet hôpital royal, demi livre de pain à déjeuner, une livre de pain à dîner, demi de viande et de pinte de vin et soupe, et on en donne autant pour souper. Je portai une livre de pain chez moi pour le faire goûter...*». Aunque en posesión de un pasaporte y de un viático, J.P. Racq hubo de recurrir también a los hospitales y a la mendicidad; y no pudo obtener la cruz y el cingulo de peregrino sino en el convento de Agustinos de Burgos. En realidad, aquellos «*jacquets*»³⁴ del siglo XVII debían de confundirse en su mayor parte con los pordioseros y errantes ordinarios; nada tiene, pues, de anormal que como tales fueran tratados por los alguaciles. Para cada uno de ellos, la experiencia cotidiana de la miseria y del sufrimiento no podía sino dejarles recuerdos poco gratos de las regiones recorridas. Recuerdos que coinciden finalmente con el cuadro trazado en el siglo XVII por los adversarios de la hegemonía española, y en el siglo XVIII por los adversarios de la Inquisición y del conservadurismo ibérico.

La Leyenda Negra no fue divulgada únicamente por los intelectuales, como J.M. Fleuriot, marqués de Langle, en su *Voyage de Figaro en Espagne*. También el conjunto de buhoneros, aventureros y peregrinos que recorrían España debían de divulgar imágenes más o menos análogas. La desorganización de la red de hospitales para peregrinos, la crisis de la caridad en el siglo XVIII no hicieron sino agravar tales representaciones negativas. No habría, sin embargo, que sobreestimar el papel jugado por las condiciones materiales del viaje; en efecto, muchos de los viajeros, y los peregrinos muy en particular, dan testimonio, no ya de la situación real del país visitado cuanto de su propia indigencia.

2. Las regiones y los hombres

Antes de que Montesquieu enunciara su célebre teoría sobre los climas, la Academia Real de Pau había propuesto, en 1743, el siguiente tema de disertación: «*la différence des climats où les hommes naissent contribue-t-elle à celle de leur esprit?*». Apta para nutrir cualquier determinismo, esta interrogación se convertía en afirmación en el caso de la mayor parte de los viajeros bearneses que visitaron España durante el siglo XVIII.

34. Diminutivo de Jacques; apelativo familiar dado a los que iban en peregrinación a Santiago.

Bonnecaze nos ha dejado una descripción poco elogiosa sobre el clima y la naturaleza ibéricos: «*en allant, étant arrivée à Roncesvailles, premier village d'Espagne, ayant passé le port, nous y fûmes bloqués par la neige (...) La pluie tous les jours pendant un mois (...) Une autre nuit, nous nous égarâmes dans un bois d'oliviers et fûmes obligés de coucher sous un olivier et cette nuit il fit une grande gelée; nous nous mettions les uns sur les autres pour chasser le froid. Le matin nous étions gelés*». Descubriendo las ásperas planicies y el riguroso clima ibérico, Bonnecaze vio confirmado su desfavorable juicio por un médico del hospital de León. Le interrogó éste sobre su país y su viaje. «*Il me dit –añade nuestro viajero– que le pays n'était pas propre pour m'y fixer à cause de mon petit tempérament*». De aquí a denunciar el estado salvaje y la miseria general del país, no hay sino un paso muy fácil de franquear.

Hacia ya tiempo que los bearneseos no se fiaban de una tierra a la que, sin embargo, no dejaban de dirigirse en busca de fortuna. Ya en 1385 Gaston Fébus había prevenido a sus caballeros que deseaban partir hacia Castilla: «*ou vous retournerez si povres et si nuds que les poulz vous estrangleront et les croqueront entre vos ongles*»³⁵. Al llegar al puente de Arnéguy, nos dice, «*il y a un ruisseau avec un pont qui sépare les deux royaumes de France et d'Espagne. Je fis une croix avec mon bâton et promis de n'y plus revenir pour aller à Saint-Jacques. Alors je fus content, me voyant hors de la misère espagnole; je traversai la Navarre, vers Navarrens et Oloron et étant arrivé aux fontaines de Buzy, je m'assis sous un arbre et me dépouillai de mes habits pour les nettoyer; j'en fis sortir la vermine des poux, pour ne point porter chez mon père de ces reliques d'Espagne!*». La redacción es bonita pero cruel; resume, en negativo, todo cuanto Bonnecaze había aprendido de la economía y los recursos de España.

Gran admirador de A. Young, con quien pretende haberse entrevistado, Faget de Baure se interesa poco por los campos y por la economía de Navarra y del País Vasco. Visitó los pueblos cercanos a San Sebastián, Hernani, Oyarzun e Irún, pero no guardó de ellos sino el recuerdo de sus ricas iglesias e imponentes ayuntamientos. Subraya, sin embargo, la oposición entre las costas marítimas y las tierras del interior: «*Le Guipuzcoa offre des perspectives agréables, de belles prairies et une forêt de pommiers; la côte depuis Irun jusqu'à Bayonne est au contraire aride et stérile*». Faget atribuía igualmente una buena nota a la red española de carreteras, tan a menudo criticadas; reconocía la frontera –dice– «*à la différence des chemins (...). Les chemins françois d'Irun à Bayonne sont presque impraticables*». Visitó también la manufactura de bombas de Eugui y admiró los fuelles a la sueca de las fundiciones: «*c'est l'un des plus beaux établissements qui soient en Espagne*». Pero estas anotaciones, aunque favorables, no son suficientes para poder trazar un cuadro económico de las regiones que visitó.

Si el mundo del campo queda ignorado, el de las ciudades se nos presenta algo mejor tratado. Para Bonnecaze, las ciudades se confunden con sus recursos hospitalarios y de caridad. Así, Viana nos es presentada como «*cette petite villette où nous nous répartîmes chacun un quartier pour demander l'aumône*». De Siheido, «*petit port de mer*», no retiene sino «*l'hôpital qui est misérable*», y la experiencia se renueva en León. Unas pocas precisiones sobre su

35. De Jean Froissart, edición de S. LUCE y RAYNAUD; París, 1869, T.XI.

hospital, que se encontraba «*hors de la ville*» en un «*bourg qui est au bout du pont, à peu près comme Clarac est au bout du pont de Nay*», pero no nos dice prácticamente nada sobre la villa en sí misma. De Santiago, finalmente, ni Bonnacaze, ni Racq conservan el menor recuerdo del magnífico santuario. El primero recordaba únicamente que se había confesado y había comulgado; el segundo, que había recibido su «compostellane».

Faget de Baure, como ciudadano que es, describe sucintamente San Sebastián: la ciudad había sabido sacar partido de una ubicación natural difícil; las calles eran estrechas, las casas altas y «*le terrain y est mis à profit d'une manière avare*». Puerto franco libre de todo impuesto, San Sebastián era, por lo demás, una ciudad «*à la française*»; las celosías y los balcones eran raros. Por el contrario, se conocía en ella «*l'usage des vitres et des cheminées*». Como por todas partes en España, las iglesias estaban ricamente decoradas, aunque Faget las juzga sin interés artístico. Mucho más se interesa por Pamplona, «*une ville située à l'entré d'une vaste plaine et au-dessus d'un vallon*», rodeada de murallas y defendida por un fortín y una ciudadela atribuidos a Vauban. Si nos da una definición tradicional de la ciudad sin hacer ningún juicio de valor, Faget por el contrario se ve atraído por la hermosa organización de sus calles: «*la ville est parée de rues larges et droites, le pavé est de grés (...) la propreté des rues est extrême ...*». Pero su atención se ve atraída sobre todo por el hábitat: «*les maisons sont assez uniformément élevées; elles ont en général trois étages. Elles sont décorées de balcons en cabinets ...*». Faget habla varias veces de esos balcones que no eran, como los de Francia, simples barandillas, sino «*de petits pavillons adossés à chaque croisée (...) fermés de treillages, peints de plusieurs couleurs et ressemblants à de grands cages ...*». Todo en estas casas españolas tendía a hacerlas exóticas; las pinturas exteriores admiran a nuestro viajero, «*quelques unes sont peintes en dehors*». Pone de manifiesto, en particular, la casa del antiguo gobernador de Cartagena, en la que estaban representados los episodios del sitio de esta ciudad. La organización interior de las casas navarras le causó aún mayor sorpresa. Las casas de Pamplona no poseen las comodidades de un hábitat «civilisé»: no disponen ni de chimeneas, ni de letrinas, ni de cristales en las ventanas, «*le jour n'entre qu'à travers les barreaux des jalousies*». La disposición de las cocinas, colocadas bajo el tejado, y sobre todo el hogar central que servía de chimenea, le chocan, hasta el punto de escribir: «*c'est la hutte du sauvage, c'est la cabane du Lapon que l'on a transporté au-dessus d'un édifice européen*». Los suelos cubiertos de esterillas de esparto, la abundancia de sofás y «*les lits qui sont de simples couchettes à la grecque*» le sorprenden igualmente. Tales particularidades no llevan, sin embargo, a una conclusión demasiado desfavorable; fresco bajo un cielo tórrido, Faget de Baure encuentra más bien agradable este tipo de hábitat adaptado a las condiciones naturales.

Se muestra, por el contrario, severo para con los edificios públicos de Navarra. O no atraen su atención, o los juzga mal concebidos. «*Les églises de Pampelune sont extrêmement riches. Tout y est or ou argent massif, il n'est pas de Madone qui n'ait une couronne de diamans. Mais l'ouvrage n'a pas surpassé la matière ...*». Un solo monumento le parece digno de elogio: el sepulcro del conde de Gages en la iglesia de los Capuchinos, obra realizada por...un francés!

El juicio que emite Faget de Baure sobre Pamplona no es sistemáticamente negativo, muy al contrario. Sensible al exotismo, el Abogado General encontró sobre todo lo que precisamente había venido a buscar: una confirmación de sus lecturas y de sus ideas hechas. «*Je me contentai d'observer que Pampelune me retraçait dans ses monuments les tableaux de Cervantès: en un mot, je me trouvai dans le pays des romans ...*». Esta simple observación define por sí misma la visión general que Faget podía tener de Navarra. Tenía el mérito de estar por delante de las de sus contemporáneos: la España novelesca tradicional se fundía aquí con el pre-romanticismo antes de convertirse en el tema de predilección de los románticos.

El retrato del hombre español que pinta Faget confirma esta nueva perspectiva. No es ya aquél, pícaro, del *Mariage de Figaro*, sino el del *Dernier des Abencérages*. Los hombres y las mujeres, «*on les croiroit de deux nations différentes; les hommes paraissent descendus des Africains Berbères; ils ont le teint olivâtre, la figure maigre, la démarche grave (...) les femmes ressemblent à ces belles Asiatiques de la Circassie, de Cachemire et des Echelles du Levant ...*». El vestido de las mujeres retiene particularmente su atención; gustan éstas del lujo y las alhajas y «*chargent leurs doigts d'anneaux*», visten «*la basquiña, sorte de jupe noire de moire ou de taffetas qu'elles mettent par dessus les habits et qu'elles quitent dès qu'elles entrent dans una maison*».

La descripción de las costumbres en la celebración de la fiesta de San Fermín completa, en su aspecto moral, el retrato físico de los navarros. En estos días de fiesta, revestían antiguos trajes, proscritos por el gobierno de Esquilache en la segunda mitad del siglo XVIII: «*le manteau large, la veste courte et le vaste chapeau qui couvre la figure est une espèce de déguisement favorable au plaisir (...) mais il sert aussi à la haine et à la vengeance. Et l'assassinat était autrefois commun*». Estas costumbres, preparadas despaciosamente durante todo un año, eran a imagen y semejanza de los habitantes: novelescas. «*Je ne suis pas étonné que les descendants du Cid et des Abencérages tiennent à ce costume; il est comme leur imagination, brillante et romanesque*».

Más bien bondadoso para con los navarros, Faget nos ha dejado una descripción de los vascos que contiene todos los rasgos de un estereotipo aún de actualidad. Nos da, en primer lugar, una definición extensiva del País Vasco: desde Bilbao a Jaca. Nos pinta después a los «*Escauldens*» –Euskaldunes, sin duda–: simples, alegres, hospitalarios, pero vindicativos y, sobre todo, diferentes a cualquier otra nación. «*Soit dans leurs bonnes, soit dans leus mauvaises qualités ils diffèrent des autres peuples et ne ressemblent qu'à eux-mêmes*». Ágil, ligero, el vasco es un gran amante del juego de pelota. Las mujeres son «*belles comme les Grecques*»; y todos gustan para sus vestidos del color rojo: «*pas un Basque qui n'ait un gilet rouge*». Pero tal retrato idealizado, tenía sus inconvenientes. Faget de Baure no está lejos de considerar a los vascos como una especie de «buen salvaje». Apuntaba, así, la costumbre de calentar el agua y la leche echando en el recipiente piedras calentadas al rojo vivo, «*un exemple de l'industrie naturelle des sauvages*». La lengua de este pueblo era a imagen de sus técnicas y de su carácter; su léxico no contenía ninguna palabra que tuviera relación con el comercio o la metafísica. «*Elle est bornée aux simples objets nécessaires à la subsistance, à l'agriculture et au soin des troupeaux*». No obstante, los vascos poseían dos términos para designar los principios del Bien («*Fincoa*») y del Mal («*Guebria*»).

Vistos a través del prisma deformante de la literatura y del exotismo, los españoles de Faget de Baure no eran seres neutros. Original, en cuanto simpatizante en una época en la que aún estaba viva la Leyenda Negra, la visión de este bearnés está en realidad cargada de potencialidades contradictorias. Cada singularidad del hábitat, del vestido o del carácter tenía su contrapartida. El hogar, comparado con el de los lapones, podía ser visto tanto como un ejemplo de adaptación a las exigencias del medio, como una prueba de su estado salvaje. Y si los asesinatos eran menos numerosos que en el pasado, la venganza continuaba formando parte del carácter español; venganza que podía muy fácilmente convertirse en crueldad. Para Faget, España era un mundo en la frontera de la civilización, y el carácter de los españoles estaba hecho de contrastes violentos, de una irreductible diferencia.

Ni Bonnacaze, ni Racq se preocupan por describir a las personas que encuentran, y su retrato es un estereotipo, mucho menos inspirado en clichés literarios o prejuicios culturales que el de Faget. En Roncesvalles, Bonnacaze escapó por poco a un reclutamiento forzoso, «*il y avait là un détachement de soldats qui venaient à l'hôpital pour voir s'ils pouvaient surprendre quelque français pour l'engager*». Pero no sacó ninguna conclusión de tal manera de actuar, muy común por otra parte. J.P. Racq se extraña de la rudeza con la que los hospitaleros de Roncesvalles hacían desnudarse a los peregrinos. Amenazado igualmente con ser reclutado a la fuerza para remero de las galeras españolas, al franquear la ría de Ganero, no achaca más que su compañero tales prácticas únicamente a los españoles. Lo único que quería era prevenir de tales peligros a quienes hicieran el camino posteriormente. Finalmente, aquellos pobres peregrinos insistían sobre todo en la conmiseración de la que los españoles hicieron gala para con ellos. Bonnacaze alababa la bondad de una viuda de Logroño que le regaló un par de zapatos; recuerda la medicina violenta pero eficaz del hospitalero de Silheiro y la bondad del médico de León. No hay duda ninguna de que España se presentó como un país rudo a nuestros peregrinos; pero esta rudeza no impedía a los autóctonos manifestar su benevolencia.

Turistas, como Faget, o peregrinos como Racq y Bonnacaze, los bearneses del siglo XVIII aceptaban perfectamente las diferencias de los españoles y de España. Comparada con la de la mayoría de los franceses, su actitud no está exenta de originalidad. Los juicios emitidos sobre las costumbres españolas, las exigencias del sentimiento nacional, temperaban sin embargo esta conclusión provisional.

3. Las costumbres y la historia

Si se interesan poco por juzgar las costumbres ibéricas, los peregrinos vivieron en contacto con los humildes y volvieron con una serie de experiencias favorables para alimentar impresiones en su conjunto negativas.

Treinta años más tarde, Bonnacaze siente aún escalofríos al escribir: «*un soir, étant en Castille Neuve, nous ne trouvions point à nous loger, et nous étions trappés de la pluie jusqu'à la peau. Nous fûmes obligés de nous réduire à coucher dans une barrique, remplie d'eau et de fange, en donnant trois sols chacun, pour avoir une claie pour la mettre sur la fange et y coucher dessus ...*». A partir de entonces, «*pour éviter les poux et les punaises je couchais dans les champs, sur les gerbes de blé...*». La rudeza de las casas no igualaba sino la de los tratamientos

terapéuticos; en Silheiro, Bonnezeze cayó enfermo con fiebre y la hospitalera «*alla chercher une grosse poignée d'orties, puis elle me tira la chemise et me coucha ventre à terre sur le lit et me fustigea les reins à merveilles avec les orties; je souffris comme un malheureux ...*».

Faget de Baure no tuvo, evidentemente, que soportar tales pruebas y sus recuerdos eran menos sombríos. Señala, no obstante, su sorpresa ante las manifestaciones de la sociabilidad española que le parecieron, una vez más, llenas de un exotismo que podía prestarse a otras interpretaciones. Cuando fue recibido en casa de don Miguel Ángel de Vidarte, apreció muy particularmente los «*refrescos*»: dos criados distribuían a cada invitado un plato de plata y un vaso de limonada helada, a la que se añadían unos panecillos de azúcar. Se servían después confituras secas, panecillos aromáticos y, para terminar, una taza de chocolate «*car sans chocolat point de repas en Espagne*». Faget asistió igualmente a un baile en casa de la marquesa de Ayanz; aquí, también, las reglas sociales ibéricas le sorprendieron. Hombres y mujeres, reunidos en un primer momento en salones diferentes, se reunían después en el salón de baile. Acompañados por una orquesta de violines y guitarras, las parejas eran formadas por un maestro de ceremonias; tras los minués y las contradanzas inglesas, «*il est d'étiquette de terminer le bal par le fandango, c'est la danse nationale*». Faget se hace lenguas sobre las calidades de este baile, «*il faut être né sous le ciel brûlant de l'Espagne, il faut l'avoir vue aux premiers instants de son adolescence pour être enivré du plaisir qu'elle cause*». Por el contrario, el papel jugado por el «*cortejo*» le choca bastante. Menos, sin embargo, que la presencia en el baile de eclesiásticos: «*je n'ai pas trouvé—escribe— une maison qui n'eut un moine*». Sin insistir demasiado sobre esto, Faget no se muestra nada tierno para con el clero, demasiado numeroso a su parecer, y del que estaba dispuesto a creer «*les contes que les voyageurs ont débité sur la galanterie monacale au pays des Ibères...*».

También aquí, nuestro Abogado General se distingue por no llevar la crítica demasiado lejos. Por el contrario, alaba al obispo de Pamplona que se alimentaba de raíces, vivía sin el menor fasto y distribuía sus bienes a los pobres. Tampoco hacía suyas Faget las acusaciones tradicionales contra una España culturalmente atrasada y conservadora en exceso. Por el contrario, invitado por un tal Huichi, descubrió una biblioteca que le encantó, en particular unos libros de poesías anacreónticas que no se esperaba poder encontrar en tal sitio.

En conclusión, los juicios emitidos por los bearneses sobre la vida cotidiana española se distinguen claramente de la mayoría de los testimonios franceses del siglo XVIII, muy críticos siempre. Para los peregrinos, la vida de cada día era difícil, pero la peregrinación en sí misma era vista como una penitencia. Para Faget, el exotismo y lo novelesco se imponen a cualquier otra consideración. Navarra era el país de las guitarras y los lances de amor; todas las casas tenían un balcón, y bajo cada uno de ellos «*on rencontre un caballero déguisé par un large manteau et son chapeau à bords rabattus...*».

Recordemos que Faget había llegado a Pamplona la víspera de San Fermín; se había encontrado con un pueblo ya preparado para celebrar la fiesta, «*les vieillards mêmes étaient dans une agitation qu'il est difficile de concevoir*». Él mismo iba a consagrar lo esencial de su narración pamplonesa a los Sanfermines; vio en ellos una suma de las costumbres y de la sociedad españolas.

Aunque opuesto por principio a la corrida de toros, la describe lealmente, intentando encontrar sus múltiples significados posibles. Los Sanfermines eran, sobre todo, una «*espèce de triomphe religieux*» que celebraba las victorias de las armas cristianas contra los moros; las imágenes encadenadas de reyes y reinas moros están asimiladas a los cautivos de las entradas triunfales romanas. Faget subraya acto seguido la participación unánime en la fiesta; en una época en que en su propia provincia tales manifestaciones no atraían ya a las elites, supo ver el reconocimiento público de las jerarquías sociales al que estas fiestas daban lugar en Pamplona³⁶. A los muñecos de los reyes moros seguían las autoridades civiles y militares, el Gobernador y los alcaldes, «*chacun est dans le costume de son état*». Les sigue una multitud de religiosos de diferentes órdenes, «*je ne croirai point exagérer en assurant que cette légion était de deux mille hommes au moins*». Entre las dos filas de esta procesión iban niños pequeños arrojando pétalos de flores.

Faget observa con sorpresa «*un mélange singulier de religion et de spectacles profanes*». Formaban parte de esta procesión, en efecto, coristas, músicos y acróbatas valencianos que formaban una pirámide humana que nuestro autor describe como un «*édifice vivant*». Constatando «*l'yvresse de l'imagination, dans le peuple surtout*» propia de esta fiesta, intenta encontrarle un sentido; se trataría, según él, de una forma de liberación y de evasión, «*ils sont heureux au moins un jour dans l'année*». En vez de atribuir al oscurantismo ibérico tales espectáculos, que la mayoría de los viajeros ilustrados condenan, Faget propone, así, una explicación sociológica que no rechazaría buen número de nuestros contemporáneos. Si existe quizás cierta condescendencia en su opinión, al menos no hay en ella ni desprecio ni condena.

Pero «*ce qui excite le plus d'intérêt, c'est la course de taureaux*». Y el testimonio de Faget adquiere una extrema precisión y sobre todo una admirable objetividad. Describe primero los animales libres y salvajes en sus montañas, atraídos por las vacas hacia la ciudad. Cuando entran en ésta, «*tous les habitants se rangent des deux côtés des rues laissant entre eux un passage libre*». Los toros atraviesan, pues, la ciudad «*entre deux files de manteaux qui voltigent sur leur passage; des applaudissements retentissent autour d'eux*». Tras describir con todo detalle la entrada de los toros en la plaza, Faget nos pinta los prolegómenos de la corrida «*qu'on appelle les Novilles. Un taureau dont les cornes sont enduites de cire, de terre glaise et de poix est livré sur la place aux assauts de la populace*». En este momento de la corrida, los toreros no intervienen sino para retirar al toro en caso de una cogida, lo que no impedía —apunta Faget— un cierto número de accidentes.

La verdadera corrida de San Fermín comenzaba a la una de la tarde. Una compañía de granaderos despejaba la arena del gentío. Se instalaban los espectadores sobre unos graderíos de madera contruidos al efecto. Señala Faget que los balcones de las casas circundantes estaban alquilados en beneficio de la municipalidad, y que tal alquiler representaba una cantidad de 20.000 libras. Tras el desfile de los Alguaciles a caballo, que él toma por los «*Alcaldes*

36. Ortega y Gasset ha puesto de relieve el gusto de las clases altas españolas por los espectáculos populares en el siglo XVIII; es lo que él ha calificado de «plebeyismo» en una miscelánea titulada *Goya*, publicada en Madrid en 1958, p. 29. La duquesa de Alba fue, de la misma manera, la protectora de José Romero, cuyo toreo era estrictamente plebeyo.

et les officiers municipaux: ils sont à cheval et dans leur costume de Magistrat», los toreros hacen su entrada en el ruedo «vêtus à l'Espagnolle, des rézilles sur la tête, des vestes de velours rouge, vert ou noir avec mille boutons». Tras los toreros, vienen los picadores —«Tauréadors à cheval» los llama nuestro viajero—, seguidos hasta de los «mulets destinés à traîner hors de l'enceinte les taureaux morts».

El combate comienza con las banderillas puestas por los propios toreros, aunque también el público arroja al toro *«petites flèches légères dont le fer n'a qu'un demi pouce; ces piquères l'irritent et le rendent furieux»*. Intervienen seguidamente los picadores *«armés de longues lances avec des fers très courts»*. Finalmente, *«la trompette fatale sonne, il ne reste qu'un seul toréador»*, que se dirige bajo el *«balcon des Alcaldes»* para tomar el *«sabre de la mort»*. Elige entonces el torero un padrino a quien dedica su faena. La «suerte» final o muerte del toro, que corona la faena del matador, nos es presentada, a la vez, con una objetividad y una riqueza de detalles admirable. El torero es visto en la posición hierática final de la suerte de matar: *«d'une main il lui présente son manteau, de l'autre il tient immobile le sabre droit»*. La fuerza y la nobleza del toro parecen colaborar también en el espectáculo final de su muerte: *«le taureau se précipite sur le manteau en baissant le front: et le sabre dirigé vers cette partie où l'épaule se joint à la tête, entre avec d'autant plus de facilité que l'effort du Taureau le porte devant du coup: il tombe mort à l'instant même»*³⁷.

Si la corrida era intrínsecamente una especie de *«tragedie»*, Faget señala que a veces puede convertirse también en una *«espèce de farce»*. No emite ningún juicio de valor sobre tal mezcla de géneros, que sin embargo no podía sino chocar a un hombre de las Luces, imbuido de neoclasicismo. Nos describe, pues, sin comentarios particulares, el combate de los molineros y panaderos de Pamplona que formaban un sólido frente y, armados de pértigas con puntas de hierro, encaraban una y otra vez al toro, siendo una y otra vez derribados por éste, hasta que medio desangrado *«il meurt avec le desespoir de céder à des lâches»*. Faget de Baure se pone aquí totalmente de parte del toro en este combate desigual; la humanidad y la sensibilidad de nuestro bearnés afloran aquí, con toda justicia.

Asistió igualmente Faget a un espectáculo a caballo, típico de los gauchos de la pampa argentina, en el que intervino el peruano *«Pepillo»*; se trataba de inmovilizar primero al toro con un lazo, para acto seguido ponerle la silla misma del caballo que había utilizado y montarlo dando la vuelta al ruedo³⁸.

En suma, la corrida no encanta mayormente a Faget de Baure, cuyo espectáculo le parece demasiado largo, aunque añade inmediatamente: *«mais c'est le spectacle des Espagnols»*. Se muestra sensible a una dramaturgia que condena y que se veía puesta en entredicho en la propia España de la época. El toro se ve elevado, por el contrario, al rango de una especie de héroe mítico: *«fier, impérieux, indomptable; il a la force, la beauté et la courage, il est mal-*

37. Faget no distingue claramente la evolución de la corrida en España durante el siglo XVIII, y sobre todo en el norte de la Península, donde el torero a pie se imponía al rejoneador a caballo, aristocrático y meridional. No nos dice nada tampoco de las polémicas sobre la legitimidad de las corridas de toros; bien conocido es, en este sentido, que el conde de Aranda detestaba tal espectáculo, y con él una buena parte de «afrancesados».

38. ¿Podría tratarse quizás del famoso Pepe Hillo, José Delgado, primer torero que publicó una *Tauromaquia o el arte de torear*, publicada en Cádiz en 1796?

*heureux. Que faut-il de plus pour en faire un héros de tragédie?»*³⁹. Comprendió sobre todo que la corrida formaba parte de la cultura nacional española, y se hizo exponer los argumentos respectivos de Romeristas y Pachequistas⁴⁰. La corrida forma parte de esas costumbres que expresan un sentimiento nacional, y es por ello por lo que: «*qu'importe la juste critique qu'un étranger peut faire d'elles, si elles ont l'avantage d'attacher fortement les hommes au sol qui les a vu naître?*». Rarísimos fueron en el siglo XVIII los franceses que hicieron un tal esfuerzo de comprensión de las costumbres de sus vecinos, sin emitir sobre ellas un juicio sistemáticamente negativo.

La España de Faget no tiene, pues, nada que ver con la de la Leyenda Negra. Muy al contrario, recuerda que la Inquisición nunca tuvo una sede en Pamplona y subraya que «*la justice criminelle y est aussi indulgente que dans le reste de l'Espagne*». Como buen parlamentario bearnés y moralista convencido, Faget nota el importante papel que juegan los Estados de Navarra que «*règlent eux-mêmes leurs impositions et les intérêts de leur pays*». Ciertamente es que la corrupción de los aduaneros deslucía un tanto la descripción idílica de las instituciones navarras; pero, apuntemos una vez más, raros eran los franceses capaces de comprender las «*libertades*» políticas de las que gozaban entonces algunas provincias españolas. Comparadas con las innumerables páginas sobre la «*tyranie espagnole*», las reflexiones de Faget merecen ser puestas de manifiesto.

Aparentemente no existía contencioso alguno entre los bearneses y sus vecinos, y las imágenes bearnesas de España constituyen una verdadera excepción. Para los peregrinos, España continúa siendo un punto clave de la Cristiandad; donde se mezclaba un ciclo carolingio que formaba parte de una historia que nada tenía que ver con las fronteras modernas. Bonnacaze reconoce cómo «*nous passâmes à la plaine de Roncevaux où furent tués les douze pairs de France. On voit encore dans l'hôpital dudit lieu les éperons et le sabre de Roland (...) Nous fîmes des prières pour les chrétiens qui avaient été tués dans ce lieu mémorable*». Faget visitó, por su parte, la abadía «*où l'on montre la masse d'armes et l'épée de Roland avec les gants et les pantoufles de Turpin. En un mot, c'est ici le berceau de ces fables qui sont devenues grâce au génie de l'Arioste une seconde mythologie*».

En realidad, es por el lado del sentimiento nacional por donde hay que buscar las raíces del antagonismo franco-español, es decir, en una historia reciente. Faget denuncia, tras muchos otros, la xenofobia real o supuesta de los españoles; en el momento de su entrada en Pamplona, «*des enfants jetaient des noyaux sur les mulets. Des hommes secouaient leurs manteaux comme pour les effrayer et tous ensemble criaient: Gavachos, Gavachos; c'est le terme de mépris qu'ils ont consacré à leurs alliés fidèles. J'ai eu lieu de m'apercevoir que la population de la Navarre espagnole a nourri l'antipathie ancienne que l'Espagnol*

39. Al insistir sobre el carácter trágico de la corrida, Faget manifiesta una visión más profunda que la de los románticos, que se interesan sobre todo por lo pintoresco. Como Goya en su *Tauromaquia*, Faget se dio cuenta de que la corrida mostraba una imagen del hombre español en particular y del hombre en general. Ver E. LAFUENTE FERRARI, *Introduction, étude et présentation de la Tauromaquia*, París, 1963.

40. La familia Romero, Juan y sus dos hijos José y Pedro, ilustran la escuela de Ronda, seria y eficaz; Goya nos ha dejado retratos de los dos hermanos Romero. Pacheco, por el contrario pertenecería a la escuela sevillana, mucho más espontánea y espectacular.

avait pour le Français». Bonnacaze y Racq no se quejan de tales manifestaciones de rechazo; ellos expresan, por el contrario, con gran ingenuidad, un sentimiento de superioridad muy extendido entre la opinión francesa. Así, Bonnacaze: «*étant arrivé sur les limites de la Haute Navarre, je m'arrêtai sur une montagne, pendant deux heures, pour respirer l'air de France qui me rendit les forces, m'ouvrit le coeur, de sorte qu'il me sembla que tout mon mal me quita dans ce moment*». J.P. Racq no manifestaba un sentimiento diferente cuando escribía: «*je suis très content quand je suis arrivé à Léon et j'en serai mieux si le bon Dieu me fait la grâce d'arriver à mon pays, c'est-à-dire en France, qu'il est plus bon à minuit que la Galice à mi-jour*»⁴¹. Estas manifestaciones nacidas de lo más profundo del corazón dan un sentido bien preciso a las descripciones aparentemente neutras de las calamidades padecidas en España por nuestros peregrinos y que eran atribuidas al país en cuanto tal. Sin embargo, si este sentimiento nacional significaba un desprecio de hecho hacia España, nunca llegaba hasta la xenofobia.

En cierta manera, y como cualquiera de los demás autores franceses, los bearneses encuentran en España lo que con ellos habían llevado; y el carácter parcial de sus descripciones sorprende cuando se piensa en el conocimiento antiguo y profundo que tenían de la Península Ibérica. Pero comparados a las imágenes negativas que predominaban aún a finales del siglo, sus testimonios eran excepcionalmente benévolos. Insistiendo sobre lo exótico y lo novelesco, Faget de Baure rehabilita las costumbres y una literatura que iban a encantar a los románticos. Los peregrinos, por su parte, atraviesan calamidades que formaban parte de su viaje iniciático. Las guerras de la Revolución y del Imperio no parecen haber modificado estas representaciones favorables. Confirman más bien, por el contrario, una tendencia general que ponía España de moda. Fechada en Burgos el 30 de mayo de 1810, una carta del cabo D. Vergés, natural de Andoins, da el tono de tal corriente de opinión⁴². Tras haber atravesado Irún, este soldado descubre «*la petite ville d'Ernani (...) j'y ai remarqué une grande propreté des rues*». En Vitoria admira «*plusieurs belles églises, une place quarrée,...*». Se encontró, sin embargo, particularmente seducido por la ciudad de Burgos que «*offre un coup d'oeil frappant aux yeux de l'étranger (...) la ville en amphithéâtre présente un aspect charmant (...) on y admire aussi une superbe cathédrale qui mérite l'attention des plus grands connaisseurs*». Por lo que toca a los españoles, comparte los puntos de vista de Faget: «*Les Espagnols portent un vêtement qui dénote leur caractère; ils sont ordinairement vêtus de manteau noirs ou bruns. Les Espagnols sont graves et prudents, uniformes dans leurs actions, constants dans leurs amitiés ou dans leurs inimitiés (...) dans les affaires officiels, doux et tretables quand on sait les ménager, en sorte qu'avec un peu de compléance on peut s'en faire de bons amis...*». Vergés añadía, para terminar, una constatación tan extraña cuanto interesante: «*si vous voulés en savoir davantage sur les Espagnols, lisés Marmontel dans les Incas...*». Y cuando tan bien conocida es la violencia anti-española de esta

41. Este sentimiento de superioridad era antiguo; encontramos ya trazas de él en la *Copie de l'Anti-Espagnol* publicada en Lyon en 1594, en la que Francia, comparada con España, era calificada de «*bel oeil du monde*», p. 12.

42. Cartas de los soldados bearneses de la Revolución y del primer Imperio, publicadas por J. STAES, en *Revue de Pau et du Béarn*, núm. 8, 1980, p. 160.

obra de teatro representada en 1777, podemos, con pleno derecho, plantearnos un cierto número de cuestiones sobre la difusión de los estereotipos literarios⁴³. Objetivo en sí mismo, Vergé se adhería no obstante a una serie de clichés casi oficiales; el mismo individuo podía, de esta manera, difundir dos representaciones contradictorias.

Este ejemplo demuestra perfectamente lo necesario que es confrontar las obras ideológicas, que tienen asegurada una difusión impresa, y los testimonios más humildes, simples recuerdos para uso personal o pequeñas guías prácticas destinadas a modestos viajeros.

III. EL PAÍS VASCO VISTO POR JACQUES FAGET DE BAURE

Como ya hemos señalado, los viajeros bearneses que visitan España, y en cierta medida también Faget de Baure, no logran deshacerse de una serie de tópicos literarios que definían a España y a los españoles desde hacía ya más de dos siglos. Pero Faget de Baure tenía una formación humanística general muy superior a la de sus paisanos que visitan España por la misma época; de aquí que rechace, en muchos casos, esa visión tópica difundida por la literatura de la época, que él califica de «*Contes*» (historias o cuentos): «... *je crus alors tous les contes que les voyageurs ont débités sur ...*»⁴⁴.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la narración de nuestro bearnés sea un testimonio verídico de la realidad histórica de las comarcas que visita. Sus aficiones, y quizás ambiciones literarias, hacen que, a veces, el interés primordial dirigido a la obtención de un estilo brillante relegue a un segundo plano el interés testimonial. Él mismo lo reconoce al comienzo de su narración cuando nos habla de su entrada en Pamplona en los siguientes términos: «... *je me contentai d'observer que Pampelune me retraçait dans ce moment les tableaux peints par Cervantés: en un mot, je me retrouvai dans le pays des Romans*»⁴⁵. Unos tópicos, pues, diferentes, mucho más literarios, como los de los cuadros de costumbres que Cervantes nos pinta en el «Coloquio de los perros», de las *Novelas ejemplares*, o en el propio *Quijote*, pero no por ello menos tópicos cuando se aplican a la totalidad de un país y en épocas que poco tienen que ver con la que vivió Cervantes. Faget parece incluso caer en el mayor de los tópicos —el tópico literario— presentándonos una especie de país de ensueño en el que la realidad se ve trascendida por la ficción literaria: «... *il est comme leur imagination brillante et Romanesque*».

Faget de Baure, no obstante, no es un novelista. Su formación y sus funciones jurídicas, sus aficiones históricas y filológicas, la administración económica de sus dominios, hacen de él un hombre con los pies en el suelo. De aquí que su visión de las regiones del País Vasco que visita —Navarra y Guipúzcoa principalmente— contengan un buen número de descripciones y alusiones históricamente verídicas. Éste será el objeto del presente capítulo. Es-

43. MARMONTEL, *Les Incas ou la destruction de l'Empire du Pérou*, París, 1777, 2 vols. Era una obra en el tono de la *Histoire philosophique des deux Indes* de G. RAYNAL, publicada en 1770. Estos dos libros figuraban en la lista de las obras introducidas en el Índice de libros prohibidos por la Inquisición que poseía el cura de Ainhoa, como ya hemos dicho.

44. «Souvenirs de voyage...», p. ... (14)

45. *Ibidem*, p. 3

tudiaremos, así, sucesivamente las informaciones sobre la organización política, jurídico-administrativa y económica; la descripción de las ciudades que visita, para terminar intentando analizar la visión global que Faget de Baure se forma del pueblo vasco en cuanto grupo étnico-cultural.

1. La mirada selectiva del especialista: referencias políticas, jurídico-administrativas y económicas sobre Navarra y Guipúzcoa⁴⁶

Para el eminente jurista que era Faget de Baure, profundo conocedor de la teoría y personalmente implicado como miembro del *Parlement de Navarre*, en el estudio y vivencia de los fueros particulares de que gozaban aún –al menos teóricamente– tanto la parte norte bearnesa como la parte sur española del antiguo reino de Navarra, no hay duda ninguna de que la organización político-administrativa de este Reino le interesaba particularmente. La mejor prueba de ello –así como, por otra parte, de la categoría del viajero– la tenemos en su entrevista con el Presidente del Consejo de Navarra durante su estancia en la capital del Reino, Pamplona. Intercambio personal de buenas maneras entre personas de un cierto rango social, pero también –y quizás sobre todo– intercambio de pareceres entre especialistas, largo y profundo con seguridad. Desgraciadamente, la finalidad eminentemente literaria y de entretenimiento que Faget de Baure parece haber asignado a su narración de viajes, nos priva –por considerarlo como algo demasiado serio– de su visión y su análisis sobre la organización político-administrativa del reino de Navarra, en aquellos años decisivos de finales del siglo XVIII en los que el Despotismo Ilustrado español estaba en su punto culminante, amenazando cada vez más directamente los escasos sistemas de privilegios provinciales aún existentes en el interior de la Monarquía Hispánica. El especialista del derecho que es Faget reserva estos temas fundamentales para otro estudio mucho más ambicioso y serio, destinado, no ya al simple pasatiempo y entretenimiento de aquella élite nobiliaria ilustrada del siglo XVIII, sino a la información y educación de las clases dirigentes de aquellas regiones tercermundistas que los ilustrados veían en los regímenes políticos orientales de la época: «*Il m'apprit des choses trop importantes pour les inserer ici: je les réserve pour un grand in folio dans lequel je me propose de donner des leçons à tous les gouvernements de l'Asie*»⁴⁷. Nos deja, pues, Faget con la miel en los labios.

Pergeña, no obstante, nuestro autor, con toda precisión, el cañamazo de la organización general político-administrativa, jurídica y fiscal del reino de Navarra: las Cortes, la Cámara de Comptos y el Consejo de Navarra.

Conquistada por el duque de Alba en 1512, la parte de Navarra situada al sur de los Pirineos fue incorporada a la Corona de Castilla en las Cortes de Burgos de 1515, con la condición de ver respetada su organización interna y disfrutar de plena autonomía en legislación, territorio y gobierno. El monar-

46. Para determinados lectores, especialistas, eruditos o amantes de la historia del País Vasco, este apartado quizás pueda parecer sin interés, tanto más cuanto que nuestro autor lo deja deliberadamente de lado en parte, como veremos, en su narración de viaje. No obstante, como creemos que el escrito de Faget puede interesar igualmente a amantes de literatura y de libros de viajes, así como a un amplio público francés que no tiene por qué conocer la historia navarra o guipuzcoana en el siglo XVIII, hemos creído oportuno dedicar unas páginas a esbozar la estructura política y económica de estas regiones.

47. «Souvenirs...», p. 16.

ca castellano estaba representado por un Virrey que velaba por los intereses de la monarquía. Los navarros, por su parte, aceptaban sin restricciones que en Navarra el Rey era «soberano» y su autoridad absoluta, pero no entendían que pretendiera actuar al margen o en contra de sus fueros y leyes consuetudinarias⁴⁸. Durante los siglos XVI y XVII, Navarra conservó esta autonomía político-administrativa. A comienzos del siglo XVIII apoyó incondicionalmente a Felipe V durante la guerra de Sucesión (1700-1715), lo que le valió el reconocimiento y confirmación de su estatus político particular por la nueva dinastía borbónica. Sin embargo, la influencia del Despotismo Ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII, que intenta dirigir, organizar y controlar todo desde Madrid, se dejó sentir también en Navarra, y a partir de este momento la autonomía de que disfrutaba comenzó a ser considerada no como un derecho propio inalienable, sino como un simple privilegio susceptible de serle retirado. En realidad, a partir de la publicación de los Decretos de Nueva Planta en 1716, que suprimían los fueros e instituciones particulares de los reinos de la Corona de Aragón, sometiéndolos a las leyes comunes de Castilla, Navarra careció de referencias comparativas y fue demasiado evidente su singularidad político-institucional, incluso respecto a las provincias vascongadas.

El reino de Navarra continuaba aún, a pesar de todo, en el momento en que Faget de Baure lo visitó, disfrutando de su autonomía política y de su organización jurídico-administrativa tradicional.

Las Cortes de Navarra, definidas por Faget como: «*l'assemblée politique des députés des villes et bourgs qui reglent eux mêmes leurs impositions et les intérêts de leur pays*», representaban –teóricamente al menos– los «tres Estados del Reino», y estaban compuestas de tres «brazos» o estados: el Eclesiástico; el Nobiliario o militar y el de las Universidades o ciudades y buenas villas⁴⁹.

El Brazo Eclesiástico es, según repiten continuamente las Actas de las Cortes, «el primero en el orden de los dichos Estados». Lo componen obispo y abades, en número de 10 en el siglo XV y de 12 a partir del siglo XVII. Es el más reducido numéricamente de los Brazos, pero su presidente –el obispo de Pamplona– lo era también de las Cortes.

La nobleza navarra forma el Brazo Militar y encuentra en las Cortes una palestra adecuada donde poner en práctica su vocación política y de prestigio. De aquí que sean exigidas determinadas «calidades» y méritos –mal precisados por cierto– para poder acceder a tal privilegio de asistencia y voto en las Cortes.

El tercer y último lugar está ocupado por el Brazo de las Universidades, concepto que deriva de la «*universitas*» medieval y que comprende en Navarra a las ciudades y buenas villas, entendiéndose por tales los pueblos libres que no conocían «*señor particular ni otra jurisdicción que la del rey, quien nombraba los alcaldes a propuesta de los concejos*». El número de sus miembros era de 25 antes de la incorporación a Castilla y de 38 a todo lo largo de la Época Moderna posterior. Los representantes o Procuradores de cada una de las

48. FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., *La Monarquía española y el gobierno del reino de Navarra (1512-1808)*, Pamplona, 1991, pp. 194-224.

49. HUICI, M.P., *Las Cortes de Navarra durante la Edad Moderna*, Madrid, 1963. Estudio exhaustivo sobre este organismo, del que nos hemos servido para la redacción de este apartado.

villas o ciudades eran designados por cada concejo a través del sistema de la insaculación.

Las Cortes eran convocadas por el Rey, aunque era el Virrey quien fijaba la fecha precisa y el lugar de reunión. Sus atribuciones esenciales eran: reconocer a los nuevos monarcas; votar los servicios o donativos solicitados por la corona, y examinar y reconocer las leyes dictadas por el gobierno central como no contrarias a los fueros navarros, o por el contrario su ilegalidad o contrafuero.

Las Cortes, evidentemente, no permanecían reunidas ininterrumpidamente. Esto hizo que la necesidad práctica de disponer de un organismo permanente ocasionara la aparición de la nueva institución de la Diputación, en 1569. Se trata de una Comisión Permanente, elegida por las Cortes, y que queda encargada del seguimiento y tramitación de los asuntos que surjan entre dos sesiones plenarias de las Cortes. Inevitablemente, tal institución adquirió una importancia cada vez más grande en la administración diaria del reino, haciendo las veces de verdadero órgano ejecutivo de la política general del territorio.

La segunda institución de que nos habla Faget es la Cámara de Comptos, definida como «*la Chambre de comptes, qui veille à la perception des revenus publics*»⁵⁰. En efecto, se trataba originalmente de la institución colegiada cuyo cometido era velar por la salvaguarda de los intereses fundamentales, jurídicos y económicos del Rey, pero también del reino de Navarra. Poco a poco, su misión específica se limitó al control supremo de la Hacienda navarra en todos sus aspectos: impuestos, gastos, pagos, etc. Estaba formada, durante la Época Moderna, por 4 Oidores, 1 Letrado y tres nobles.

El Real Consejo de Navarra es definido por nuestro autor como el organismo encargado de «*la justice distributive*». En realidad se trata, a la vez, del órgano supremo de gobierno interior y del Tribunal Supremo de Justicia. Estaba presidido por el Virrey y compuesto de un Regente y seis Consejeros, navarros en su gran mayoría. El Consejo Real tenía, además, otras funciones extrajudiciales: realizaba, con el Virrey, ordenanzas, provisiones acordadas y autos sobre los más variados asuntos tocantes a la buena marcha del reino. Conocemos, así, ordenanzas y reglamentaciones por él realizadas, sobre pesos y medidas, plateros, organización de la venta del pan, cirujanos, labradores, actividad municipal, enseñanza y tantos otros asuntos.

Sobre la administración de justicia, encontramos en los «Souvenirs...» de Faget únicamente dos alusiones: una sobre la carrera de los magistrados y otra acerca de la indulgencia de las penas pronunciadas. La carrera de la magistratura nos es presentada como un cursus abierto y progresivo, que tiene como base de promoción la experiencia adquirida y el mérito de la persona, lo que origina una emulación general entre los letrados, de la que resulta, a su vez, un correcto funcionamiento de la administración de justicia. Además, tal *cursus honorum* judicial se materializa –lo que sirve igualmente de aguijón emulativo– por un acceso consecutivo y paralelo a los honores (paso de las Audiencias provinciales a las Chancillerías y finalmente a los Consejos) y a la riqueza⁵¹. Por lo que toca a las penas impuestas, leemos: «*la justice criminelle*

50. «Souvenirs...», p. 16

51. *Ibidem*, p. 16.

y est aussi indulgente que dans le reste de l'Espagne: et il se passe des années sans qu'il y ait une execution»⁵². Y en efecto, según el reciente y documentado estudio de José Luis de las Heras⁵³, aunque la pena de muerte se aplicaba en teoría a los llamados delitos atroces y causantes de gran escándalo, hay que tener en cuenta las preferencias del poder político por la imposición de otras penas más productivas, como las penas pecuniarias o la condena a galeras. La pena de muerte se reservaba, en la práctica, para castigar los crímenes de lesa majestad, contra la fe, los homicidios, la bestialidad y la homosexualidad, por lo esencial, aunque en muchos casos las penas quedaran reducidas a la confiscación de bienes y exilio, prisión o galeras.

Tampoco escapa a nuestro viajero la percepción de las características esenciales de *la economía navarra* en particular, y de algunos aspectos de la guipuzcoana.

Pocas referencias nos aporta Faget de Baure sobre un sector económico tan importante como el Comercio. Intuye con toda razón, sin embargo, que hablar de economía en el siglo XVIII navarro es plantearse el problema de las aduanas: *«il y a des droits d'entrée sur quelques objets: il en est d'autres dont l'exportation est prohibée ...»*⁵⁴. La independencia aduanera de las provincias vascongadas y Navarra fueron, igualmente, ratificadas por los Borbones como consecuencia del apoyo de dichos territorios a su causa durante la guerra de Sucesión de comienzos del siglo XVIII. Esta independencia aduanera hizo que estos territorios fueran denominados desde entonces «provincias exentas», para diferenciarlas de las provincias de la Corona de Aragón que fueron autoritariamente integradas en el régimen aduanero común con la publicación de los Decretos de Nueva Planta de 1716. Una línea aduanera con sus principales puestos de control en Orduña, Balmaseda, Vitoria y Tudela, separaba –al menos económicamente– el territorio vasconavarro del resto de la monarquía. En dichos puestos se registraban las mercancías que habían de entrar en Castilla, mientras que las que permanecían en las vascongadas no pagaban ningún derecho, y sólo el de las «Tablas», muy reducido por cierto, era exigido en Navarra. Lo que no quiere decir que las «provincias exentas» no pagasen impuestos. En realidad, aunque bajo un régimen distinto al de Castilla, soportaban también una serie de impuestos regulares, pagaban su propia administración y ofrecían al rey ayudas o donativos bastante considerables a veces.

La actividad comercial navarra es grande a todo lo largo del siglo XVIII a causa, como escribe Caro Baroja refiriéndose a este reino: *«Aquellos que en la guerra de Sucesión se inclinaron al lado francés frente al austriaco, no sólo acertaron desde el punto de vista político, sino que también sentaron las bases de grandes negocios para el futuro: podría decirse que constituyeron la columna más grande del capitalismo español borbónico»*⁵⁵.

Este comercio se desarrolla fundamentalmente con las vascongadas y Francia; es decir, el llamado «comercio interior», siendo muy reducidos los

52. *Ibidem*, p. 20.

53. HERAS SANTOS, J.L., de las, *La Justicia penal de los Austrias en la Corona de Castilla*, Salamanca, 1991, pp. 200-201 y 316-322.

54. «Souvenirs...», p. 19

55. CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII*, Pamplona, 1969, p. 65.

intercambios con el resto de España, ya que los frutos y géneros navarros fueron considerados, en particular tras el decreto de Libre Comercio con América de 1778, como extranjeros, aplicándoseles por ello diversos aranceles que los encarecían. Los géneros que se importaban –sobre todo de Francia y de Guipúzcoa– eran azúcar, pimienta, cacao, cera, ferretería, papel, estaño, droguería, etc. Las principales exportaciones consistían en vino, aguardiente, vino rancio, frutas y hortalizas, etc.⁵⁶.

Estos importantes obstáculos que ponía la Corona al desarrollo del comercio navarro estuvieron en la base del debate sobre la cuestión aduanera en las Cortes de 1780-81. La cuestión era –como el rey lo solicitaba– el traslado de las aduanas, entonces en el Ebro, a los Pirineos y la frontera con Francia. Hubo en dichas Cortes partidarios del cambio y del *statu quo*, que expusieron sus respectivas razones. Finalmente, fueron estos últimos los que triunfaron, y el sistema aduanero se mantuvo en su estado.

Sobre la economía y la organización agraria nada nos dice Faget de Baure, si no es una alusión a los bosques y su utilización como materia energética en la metalurgia, seguida de un reconocimiento de su desinterés por lo agrario, al menos durante el transcurso de su viaje o a nivel literario: «*Mais que m'importe à moi voyageur l'économie champêtre?*»⁵⁷.

Al lado de tal desinterés confesado nos encontramos, por cierto, con una visión idílica de la vida campesina en el valle de los Alduides, territorio fronterizo y cuya soberanía entre Francia y España estaba mal definida. En el Tratado de Madrid de 1856, la parte alta de los Alduides o País Quinto pasó bajo soberanía española, aunque guardando los rebaños franceses la autorización de pasto en esas tierras. La vida de sus habitantes nos es descrita como regida exclusivamente por la Naturaleza, en su sentido más profundo descrito por los filósofos «naturalistas» del siglo XVIII: «*hommes heureux dans la simplicité de la nature*»; «*c'est l'Arcadie, c'est l'âge d'or*»; no existían en aquellas felices tierras, al parecer, «*ni le besoin ni les maladies*»; «*on n'y meurt que de vieillesse*».

La realidad era, sin duda, mucho más prosaica. En la segunda mitad del siglo XVIII, en efecto, la región vasconavarra era todavía un territorio cuya economía se basa en la agricultura, como nos lo demuestran, para Navarra, los censos de 1787 y 1797, en los que se registra un aplastante porcentaje de agricultores y ganaderos, sobre las personas dedicadas a actividades de transformación y servicios. La zona más rica del reino navarro era la de la Ribera, en la que se cultivaban esencialmente cereales y viñedo. En las dos últimas décadas del siglo se vio esta región muy favorecida por las importantes obras hidráulicas que se hicieron, permitiendo una gran regularidad en el riego, lo que aseguraba prácticamente las cosechas⁵⁸.

La Industria estaba poco evolucionada: algunos talleres de paños de muy mediana calidad y, sobre todo, manufacturas siderúrgicas, de las que Faget de Baure nos cita la más importante, la Real Fábrica de municiones de Eugui⁵⁹.

56. RODRÍGUEZ GARRAZA, R., *Tensiones de Navarra con la Administración central (1778-1808)*, Pamplona, 1974, pp. 163-190.

57. «Souvenirs...», p. 3

58. LARUMBE MARTÍN, María, *El Academicismo y la arquitectura del siglo XIX en Navarra*, Pamplona, 1990; p. 24.

59. «Souvenirs...», p. 26.

Bien conocida es la importancia de las «ferrerías» vasconavarras desde la época medieval. Navarra en particular, a la que pertenece la única referencia sobre este tema en los escritos de nuestro viajero, poseía ferrerías localizadas desde la Edad Media en la zona septentrional, rica en mineral de hierro, bosques y recursos hidráulicos utilizados desde el siglo XV como fuerza motriz para el movimiento de los fuelles y de los martinets o martillos estiradores. En el siglo XVI, conocen estas ferrerías un gran auge en razón de la fuerte demanda de hierro suscitada por la conquista y colonización americanas. *«Estas ferrerías son consideradas “mayores” cuando eran capaces de fundir el mineral de hierro en masas importantes, que forjaban en barras o planchas; las “menores” eran aquellas que trabajaban el producto en proporciones más reducidas. Elementos esenciales tanto en unas como en otras era, en primer lugar, el horno, donde se fundía el mineral de hierro con carbón vegetal, provisto de su correspondiente juego de fuelles, que movía una rueda hidráulica, activando y manteniendo constante la combustión. En segundo lugar el martinete, con su mazo y su yunque, movido también por fuerza hidráulica, cumplió la función de forjar y “estirar” el mineral ya fundido»*⁶⁰.

La principal de estas instalaciones siderúrgicas era la Real Fábrica de municiones de hierro de Eugui. Faget de Baure la describe como: *«... une manufacture de bombes: trois fourneaux y fondent à la fois trente milliers pesant de fer; des soufflets à la Suèdoise animent le feu. C'est l'un des plus beaux établissements qui soient en Espagne»*⁶¹.

Desde comienzos del siglo XV, Eugui contaba ya con una tradición en la producción de armamento de hierro, fabricándose en sus talleres cascos y armaduras. En 1536, la ferrería allí existente fue adquirida por la Corona para producir municiones, pero pronto se constató que el coste de producción era tres veces superior al de las balas compradas en Italia. A comienzos del siglo XVII se plantea, pues, el traslado de la fábrica a Tolosa, que se realiza efectivamente en 1637. Tras la guerra de Sucesión de comienzos del siglo XVIII, se presupuesta la reedificación de la fábrica de Eugui, en 1720, aunque habrá que esperar hasta 1766 para que la Real Fábrica de Municiones de Hierro de Eugui quede establecida en el mismo lugar en que había estado la ferrería primitiva, al norte de la población de Eugui. Localización elegida, sin duda, en razón de su mayor proximidad de las materias primas utilizadas en el proceso de producción: el carbón vegetal obtenido a partir de los bosques circundantes, y el mineral de hierro que se extraía de las minas de Beadrín, Legarchulo e Istarbegui. La fábrica fue construida de acuerdo con el proyecto del conde de Rostaing, Comandante de Artillería de Francia. Se componía el conjunto de la Real Fábrica de dos núcleos claramente diferenciados. El primero, que se puede calificar de «residencial», destinado al alojamiento de oficiales, burócratas y empleados, así como a los servicios de orden y vigilancia, con su cuartel y caballeriza. El segundo núcleo, específicamente industrial, agrupaba los diferentes talleres o pabellones de que se componía el establecimiento: la «refinería» y el edificio que albergaba los hornos de fundición y los talleres de moldería. Se nos presenta, pues, la Real Fábrica de Eu-

60. Seguimos en este apartado la documentada monografía de Aurora RABANAL YUS, *Las Reales Fábricas de Eugui y Orbaiceta*, Pamplona, 1987, p. 29 por lo que es de la cita transcrita.

61. «Souvenirs...», p. 26.

gui como una estructura concebida, no ya con un criterio espacial unitario –edificio único que podía incluso albergar viviendas para los trabajadores– sino como una fábrica-población organizada en diferentes niveles y zonas, entre los que existía una coordinación espacial –a través de calles, plazas y puentes– con una clara diferenciación entre las áreas propiamente fabriles y las destinadas a alojamientos y servicios.

En 1784, en los años, pues, en que Faget de Baure visita la región, se crea una nueva manufactura real de municiones en Orbaiceta –igualmente de antigua tradición siderúrgica– a causa de las dificultades cada vez mayores encontradas por Eugui para aprovisionarse de carbón vegetal. La organización arquitectónica y técnica de la nueva fábrica sigue las mismas normas que la de Eugui, que a su vez no eran sino la aplicación de los planos preconizados por la «Encyclopedie», en su artículo «Forge»⁶².

Importancia capital tanto para el desarrollo del comercio y de la industria, como para la comodidad de los viajeros, tienen las vías de comunicación o carreteras. En este sentido, a mediados del siglo XVIII, comenzó a despertarse en España un verdadero interés por las obras públicas⁶³. El interés prestado a los caminos fue sin duda el aspecto más importante y directamente constatable, por las facilidades de comunicación que originaron entre las diversas regiones de España, pero también en las comunicaciones con Francia. Hacia 1750, España se encontraba aún con una infraestructura vial muy escasa y deficiente. Faltaban, a nivel del Estado, tanto organismos administrativos y técnicos como un sistema de financiación adecuado para planificar y llevar a cabo tales trabajos. Fue Fernando VI (1746-1759) quien inauguró las obras públicas financiadas por el Estado, y que hasta entonces habían estado a cargo de los municipios, los cuales, evidentemente, no podían hacer frente a tan elevados costos. Carlos III (1759-1788) fue, sin embargo, el verdadero artífice del sistema radial de carreteras que tiene por centro Madrid y que se ha perpetuado hasta la actualidad. Así, en 1788 se ordenó, para marcar bien la importancia que se acordaba al asunto, que la Superintendencia de Caminos y Posadas se agregase a la de Correos y Postas, dependiente de la Primera Secretaría de Estado. La administración de caminos estuvo así, durante nueve años a cargo del gran Floridablanca. Durante estos años se renovó y modernizó el firme de un buen número de calzadas, así como el alcantarillado y puentes, y se construyeron o renovaron numerosas fondas y casas de postas a todo lo largo de las vías principales. Entre estas fondas o albergues se encuentra el de Oyarzun, cerca de San Sebastián, en el Camino Real hacia Francia, una de las vías de comunicación más importantes de la época, del que nuestro bearnés hace los mayores elogios: «... *si elles* (las fondas de carretera españolas) *sont toutes aussi commodes et tennues par des hôtes aussi honnêtes, il est agréable de voyager en Espagne*»⁶⁴. Lo que, de paso, viene a desmentir otro de esos tópicos –bastante cierto no obstante hasta tiempos recientes–

62. *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, T. VII, París, 1757; artículo «Forge»; pp. 134-170. Igualmente, *Recueil de planches sur les Sciences, les arts liberaux et les arts mechaniques*, T. IV, París, 1765; «Forges ou art du fer», Sec. 2.^a.

63. Seguimos aquí los trabajos ya citados de María LARUMBE, *El Academicismo...*, pp. 37-38, y de Rodrigo RODRÍGUEZ, *Tensiones de Navarra...*, pp. 146-163.

64. «Souvenirs...», p. 22

según el cual estos establecimientos eran lugares donde se robaba despiadadamente a los infelices viajeros que se arriesgaban a alojarse en ellos.

Las carreteras principales construidas entonces soportaban perfectamente la comparación con las de los demás países europeos. Tenían una anchura de entre 10 y 18 metros y poseían unos cimientos de piedra caliza, sobre los que se apoyaba una superficie convexa formada de pequeñas piedras; el conjunto estaba flanqueado de muros de contención.

El País Vasco y Navarra respondieron muy positivamente a la nueva política viaria. Tanto más cuanto que su peculiar administración fiscal les permitía organizarse con plena libertad en el interior de las fronteras de sus provincias respectivas: «...ils les entretiennent –los caminos– par des légers péages qu'ils lèvent eux-mêmes», indica nuestro autor acertadamente, al menos en muchos casos.

Por lo que toca en particular a Navarra, centro del viaje y de la narración que presentamos, la renovación de la red viaria conoció su primer impulso importante bajo el mando del Virrey Gages (1749-1753) –a quien se hace referencia al comienzo de la narración, al tratar del orden público en Pamplona– quien a golpe de expropiaciones consiguió abrir una carretera digna que enlazara la capital navarra con Castilla y Aragón. Mejoró igualmente el camino hacia Guipúzcoa. En 1764, el Secretario de Estado, marqués de Grimaldi, recomendó a las Cortes navarras la construcción de un nuevo camino directo desde Pamplona hasta Francia, con el fin de establecer una línea de postas por Navarra. Esta vía no se llegaría a construir hasta el siglo siguiente. En 1781 comienzan los estudios, confiados al perito Santos Ángel de Ochandátegui, relativos a un proyecto general de red viaria para el conjunto del reino navarro. Puso este ingeniero de manifiesto la necesidad de reparar los caminos ya existentes, y la construcción de cuatro nuevas vías: una hacia Guipúzcoa, por Lazaeta y Betelu –terminada en 1792–; otra de Pamplona a Logroño; una tercera hacia Sangüesa; y, por último, el camino hacia Francia recomendado por el Gobierno. El parón en la puesta en marcha del proyecto entre 1780 y 1783 se debió a la firme voluntad de la Diputación navarra de obtener del Gobierno central la responsabilidad total y exclusiva en la dirección y administración de tales caminos, lo que consiguió por Real Orden de Carlos III en 1783.

Así pues, tras su recorrido por Navarra y Guipúzcoa –se nos habla incluso de las carreteras «de la Biscaye»⁶⁵, aunque pensamos que se trata de un *lapsus calami*, refiriéndose en realidad a las de Guipúzcoa– Faget de Baure saca la conclusión de que los caminos españoles son muy superiores a los franceses de la región fronteriza, derribando así de nuevo otro antiguo tópico: «*Et ce qui m'a causé une surprise à laquelle les récits des Français ne m'avaient point préparé, c'est que l'on s'aperçoit que l'on quitte l'Espagne à la différence des chemins au delà de la Bidassoa; les chemins français d'Iron à Bayonne sont presque impraticables*»⁶⁶.

65. *Ibidem*, p. 22

66. *Ibidem*, p. 22

2. Las ciudades vascas: la visión del ciudadano

Ya hemos presentado, al hablar de las imágenes bearnesas de España, toda una serie de aspectos relacionados con la descripción que Faget de Baure, al hilo de sus recuerdos, nos presenta de las ciudades vasconavarras que visitó. Quedaron reseñados, así, los Sanfermines de Pamplona, las corridas de toros, la arquitectura y ordenación del espacio urbano y de las casas, los balcones y celosías de las casas de Pamplona, que tanto parecen intrigar e interesar a nuestro viajero, etc.

En el presente apartado, nos limitaremos, pues, al estudio particular y más pormenorizado de determinados aspectos concretos, en particular de Pamplona, ciudad de la que se nos ofrece una descripción más pormenorizada, que someteremos a la comparación con los conocimientos que actualmente poseemos sobre la realidad histórica de la época.

Comienza Faget su descripción de la ciudad ubicándola acertadamente sobre un promontorio, al que el río Arga sirve de defensa natural por el NE, y que una ciudadela de traza italiana defiende por el SO: «*on attribue à Vauban le plan de cette place*», escribe Faget⁶⁷.

Sobre la importancia demográfica de la ciudad sólo se nos dice que «*Pampelune est une grande ville*». Históricamente hablando, entre 1700 y 1800, Pamplona es una ciudad no muy grande, capital administrativa y política del reino de Navarra, cuya población pasa de 10.590 habitantes en 1727 a 15.138 hacia finales de siglo. Por lo que se refiere a su composición social, encontramos en ella numeroso clero —es capital del Obispado—, una pequeña nobleza no demasiado numerosa y una población militar muy variable según las circunstancias político-militares.

El amante ilustrado de la Historia y de Roma que es Faget de Baure no puede menos que señalar los orígenes de la ciudad «*que l'on croit venir de Pompé qui y fonda une colonie Romaine*»⁶⁸. Y, en efecto, «*en el año 75 a. C. parece que Pompeyo aprovechó su estancia en tierras de vascones para fundar Pamplona —a partir de un poblado indígena, localizado en el promontorio donde se levanta hoy la catedral y Navarrería— quizás con la misión de base de aprovisionamiento y control del territorio*»⁶⁹.

Por lo demás, únicamente tres aspectos retendrán nuestra atención: la situación de la higiene pública en la ciudad y las obras de saneamiento realizadas, el problema del aprovisionamiento de agua dulce y la salud pública a través del Hospital General de Pamplona.

a) La higiene pública: ordenanzas sobre limpieza de calles y obras de saneamiento

Como muy bien considera el concejo municipal de Pamplona en una de sus deliberaciones del mes de septiembre de 1751, «*uno de los medios principales para preservar la salud pública en esta ciudad [es] el de tener limpias las calles, belenas, sitios y parajes escusados, porque la inmundicia, enrrono y poco aseo de ellas, infectando los aires, pueden originar enfermedades contagiosas y otros graves inconvenientes...*»⁷⁰.

67. *Ibidem*, p. 17.

68. *Ibidem*, p. 19.

69. HUICI, V.; JIMENO, J.M., etc.; *Historia de Navarra*, San Sebastián, 1986, p. 50.

70. Archivo Municipal de Pamplona (A.M.P.), Consultas, libro 38, sesión del 28-9-1751.

Hasta la construcción del alcantarillado, en la década de 1770, como en la gran mayoría de las demás ciudades españolas, estaba permitido en Pamplona arrojar a la vía pública los excrementos humanos, con las consecuencias higiénicas y olfativas nefastas que ello conlleva. El vertido estaba, no obstante, mínimamente reglamentado: debía realizarse desde el nivel de la calle durante el día, y por la noche —a partir de las 19 horas en invierno y las 20 horas en verano— se podían arrojar desde las ventanas, lanzando el grito previo de «¡agua va!». A partir de los años 1737 se obliga a arrojar las aguas mayores y menores en la regata de la calle, echando al mismo tiempo agua limpia que las barrera⁷¹.

Por lo que toca a la recogida de basuras, se realiza en el siglo XVIII con unos carros llamados «chirriones» (seguramente por el ruido que hacían), dos o tres veces por semana. Las personas que realizaban tal menester eran asalariados del Ayuntamiento, del que recibían alojamiento y un salario que oscila en torno a 2 reales diarios (2,5 rls. en 1737; 50 rls. mensuales en 1751; 2 rls. diarios en 1776)⁷². En 1737 el Ayuntamiento poseía 3 carros y en 1751 su número había aumentado a 4, tirados por bueyes y no por mulas como anteriormente, a causa de su mayor capacidad. En 1772, por el contrario, el número de carros había bajado a dos y en 1776 no quedaba más que uno. La razón de ello la expone el propio Ayuntamiento cuando dice que se ha experimentado un cambio en el tratamiento de las basuras, ya que muchos labradores y hortelanos se dedican ahora a extraer la basura de la ciudad con sus caballerías y carros, con el fin de aprovecharla para estiércol para sus campos⁷³.

Finalmente, el verdadero y definitivo plan de saneamiento de Pamplona fue lanzado por el Virrey Ricla en 1766. Este mismo año, el concejo de la ciudad envió a Madrid a don Manuel Oloriz para que buscara un perito en tales obras. En la capital de España, se puso éste en contacto con Pablo Ramírez Arellano, y ambos realizaron el anteproyecto, basado en un saneamiento por medio de canales o minas subterráneas, con tuberías de cerámica en el interior de los edificios. En marzo de 1767 llegó Arévalo a la ciudad y comenzó a levantar los planos de las calles, los perfiles de los declives, el trazado del alcantarillado, etc. Tras lo cual presentó el proyecto o memoria definitiva. En resumen, lo que se propone es la evacuación de las aguas negras por medio de un alcantarillado principal subterráneo, siguiendo el recorrido de las calles, desde el que saldrían ramales dirigidos hacia las casas. Los conductos del alcantarillado serían construidos de mampostería. Los ramales se ramifican, a su vez, en cañerías que se introducen en las casas hasta los vertederos, emplazados siempre en los pisos superiores con el fin de que las inundaciones bajen con fuerza por las cañerías para evitar así posibles obstrucciones. Estos vertederos poseen forma de asiento y tienen tapa, contratapa y puerta con pestaña que les separa de las otras estancias de las casas, y están colocados cerca de las fachadas de los edificios, para que las cañerías bajen perpendicularmente y con presión directamente a los ramales que conducen a la cloaca principal. En las calles se construyen bocas de alcantarillado por

71. A.M.P., Bandos, Leg. núm. 3, años 1737 y 1740.

72. A.M.P., Consultas, libros 32, 38 y 46 respectivamente.

73. A.M.P., Actas municipales, lib. núm. 46, sesión del 30-10-1776.

donde penetra el agua de lluvia que facilita el tránsito de las aguas negras⁷⁴. El proyecto fue aprobado este mismo año 1767 por el Real Consejo, y las obras estaban terminadas a comienzos de 1772.

En este sentido, la doble afirmación de Faget de Baure sobre estos temas, no deja de plantear problemas. Por una parte escribe: «*la propreté des rues est extrême*», y por otra, «*on n'y connaît pas l'usage des latrines*». Ambas afirmaciones se nos semejan contradictorias, ya que mal pueden estar las calles limpias si a ellas se arrojan las aguas mayores y menores de las necesidades fisiológicas de los habitantes. De esta forma, lo que podría valernos para fechar aproximativamente el momento del viaje, ha de ser utilizado con las mayores reservas.

Para completar el impacto de estas obras de alcantarillado sobre la limpieza y la higiene de la ciudad, se dictaron nuevas Ordenanzas municipales sobre limpieza, que contribuyeron a transformar Pamplona en una de las más limpias ciudades de España. En estas ordenanzas municipales encontramos, por otro lado, informaciones que contradicen la afirmación de Faget de que en Pamplona «*on n'y connaît l'usage des... cheminées*». En efecto, en unas ordenanzas de 1570 se reglamenta ya la construcción de tales chimeneas en las casas; y en las ordenanzas de Ochandátegui de 1786, el fuego aparece también como motivo de preocupación en las casas particulares. Se establece, así, que el solado de las chimeneas habría de tener por lo menos un palmo de distancia y macizo sobre las maderas del suelo, y la pared a donde se arrima y el cañón de tales chimeneas debían ser de ladrillo o estar revestidos de estos materiales. Se ordena, igualmente, que se limpien con frecuencia tales chimeneas para evitar la formación de hollín, que podría inflamarse y provocar algún incendio. Los funcionarios municipales inspeccionarían con regularidad el estado de las chimeneas y podrían imponer multas en caso de no cumplimiento de lo ordenado.

b) El problema del agua en la ciudad de Pamplona

Pamplona se abastece para el consumo humano, en el siglo XVIII, de agua proveniente de variadas procedencias: las fuentes existentes en el interior del casco urbano (San Antón, El León, Santa Cecilia, etc.); las fuentes situadas en el extrarradio (San Jorge, San Pedro, Capuchinos, etc.); los pozos existentes en el casco urbano, y el río Arga, que Faget parece señalar como el origen más generalizado del agua empleada por los pamploneses: «*les habitants sont condamnés à boire l'eau bourbeuse du Larga*»⁷⁵.

La calidad de tan vital líquido era, pues, mala; y su cantidad insuficiente. De aquí que se pensase en traer a la ciudad agua proveniente de fuentes relativamente alejadas⁷⁶. Se trata sin duda del proyecto más importante de canalización de los llevados a cabo en Navarra durante el último tercio del siglo XVIII, con la conducción de agua hasta Pamplona procedente de las fuentes de Subiza, Esparza y Arlegui, situadas a una considerable altura, en la falda del monte Perdón.

74. Seguimos aquí el pormenorizado trabajo ya citado de Jesús RAMOS, *La salud pública...*, pp. 57-60.

75. «Souvenirs...», p. 19.

76. Seguimos en este tema el trabajo ya citado de María LARUMBE; *El Academicismo...*, pp. 44-46.

La puesta en marcha del nuevo proyecto –era ya el segundo intento– se debió a la iniciativa del entonces Virrey de Navarra, conde de Ricla, pariente del conde de Aranda e ilustrado él mismo. En 1766 se inician las gestiones, y hasta 1773 se realizan los estudios preliminares. En 1774, ante la incapacidad de los ingenieros españoles en esta materia, se hizo venir al ingeniero hidráulico francés François Gency, natural de la Champagne pero residente en París, quien ya había realizado con éxito la traída de agua a la ciudad de Bayonne. Reconocido el terreno, presentó Gency su proyecto en el mes de septiembre. Se tomarían las aguas de Subiza, Esparza y Arlegui, y desde allí serían conducidas, por conductos subterráneos de barro cocido, y vidriado interiormente, aprovechando el declive natural del terreno, salvo en los valles en los que se sustituirían por otros de hierro o plomo, capaces de soportar una mayor presión. A lo largo del trayecto habría que construir otras obras, como estanques receptores, registros para suavizar los desniveles, castillos de agua, etc.

El estudio y el dictamen del proyecto de Gency se encargaron a la Real Academia de San Fernando de Madrid, que dio su visto bueno, aunque con la corrección de la construcción de puentes acueductos para salvar los valles, en vez de los tubos subterráneos.

Comenzaron las obras, pero al poco tiempo se constataron algunos defectos, lo que apartó definitivamente a Gency de la realización de la obra. Presiones debidas a celos mal disimulados de la parte de los ingenieros españoles, que habían considerado la contratación de Gency como una prueba de su incapacidad técnica, parecen estar, en realidad, en la base del despido del ingeniero francés.

Una real orden de agosto de 1780 nombró al arquitecto Ventura Rodríguez, maestro mayor de Madrid, encargándole la dirección y ejecución de la obra. Elaboró éste un nuevo proyecto que presentó al Ayuntamiento de Pamplona en agosto de 1782. El trayecto adoptado variaba poco del de Gency: partía de Subiza y pasaba por Beriáin, Noáin, Tajonar y Mendillorri, para llegar a Pamplona. El agua circularía por encañados, construyendo acueductos en los valles. A la entrada de la ciudad, el agua sería recogida en un arca o depósito, desde donde sería distribuida a las fuentes públicas. Las obras fueron dirigidas directa y personalmente por los maestros Aranguren y Ochandátegui, designados por el propio Ventura Rodríguez; comenzaron éstas verdaderamente en 1783 y su ejecución se alargó hasta 1790, tanto por problemas técnicos como económicos.

La visita de Faget de Baure se sitúa, pues, en el lapso de tiempo máximo que va desde los años 1770, cuando se realizan los proyectos, hasta 1790 en que se termina la obra; y posiblemente se sitúe entre los años 1784-1788, ya que Faget señala: «*On travaille dans ce moment à y conduire par des aquéducs les eaux de quelques sources éloignées...*»⁷⁷.

La principal obra maestra fue el acueducto de Noáin, que se eleva a 65 pies de altura y tiene una longitud de 1.245 metros; «*se compone de 97 arcos de 30 pies de luz, construidos sobre pilares de sillería de 2 varas y media de grueso; por ambos extremos termina con murallones de mampostería que sirven de es-*

77. «Souvenirs...», p. 19.

tribo para reforzar tan grandiosa construcción, que recuerda las antiguas de su especie, que levantó con tanta profusión el poderoso pueblo romano»⁷⁸

c) La salud pública: el Hospital General de Pamplona

«L'Hôpital général mérite d'être remarqué soit par sa distribution intérieure, soit par la bienfaisance éclairée qu'y préside»⁷⁹. He aquí cómo, en tan pocas palabras, Faget resume perfectamente los rasgos principales de la organización ejemplar del gran centro hospitalario de Pamplona, que asegura lo esencial de la asistencia sanitaria de la ciudad en el siglo XVIII. Se trata de un centro con capacidad para más de 400 enfermos, estaba dotado, además, de una inclusa para niños expósitos y huérfanos.

Existen también en Pamplona, con el mismo título de «hospital», otros varios centros destinados más particularmente al hospedaje o asilo de mendigos, menesterosos y viajeros, vinculados a instituciones religiosas o benéficas. Tenemos, así, el Hospital de frailes de San Antón; el Hospital de San Miguel, con una casa para pordioseros hombres y otra para viudas pobres necesitadas; el Hospital de Santoandía, que atiende a los viajeros ambulantes y depende de la cofradía de Labradores; el Hospital de peregrinos de Santa Catalina, que acoge a los peregrinos del camino de Santiago de Compostela, etc.

No obstante, el verdadero centro médico-sanitario es el Hospital General. Constaba de una planta baja con almacenes de leña, cuadras y otras reservas; de un entresuelo, donde se hallaban la administración y botica; en el piso principal estaba la cocina y sus dependencias, y a cierta distancia de ellas, una sala destinada a las enfermas de medicina, con unas 40 camas, y otra para las intervenidas quirúrgicamente, con 37 camas; las salas para hombres, tanto de medicina como de cirugía, se hallaban situadas en el segundo piso y tenían una capacidad similar; existían dos salas más en el tercer piso, que podían ser utilizadas en caso de necesidad, además de un cierto número de habitaciones reservadas para personas distinguidas. En total, y en caso de necesidad, su capacidad podía llegar hasta 600 camas. Se trataba, pues de un establecimiento muy importante.

Sobre la dotación de personal sanitario en el último tercio del siglo XVIII, época de nuestro estudio, disponemos de los censos llamados de Floridablanca (1786) y de Godoy (1797), de gran precisión en este aspecto. Si tomamos, como el más próximo a la visita de Faget, el censo de 1786, obtenemos los resultados siguientes: existen en Pamplona 8 médicos y 4 «pasantos de medicina» (estudiantes de medicina o jóvenes médicos que desean especializarse en un gran hospital); 27 cirujanos y 29 «mancebos de cirugía» o aprendices de cirujano; 12 boticarios y mozos de botica, encargados de la preparación de los fármacos; 10 albeítas o barberos, 3 comadres o comadronas, especializadas en los partos. Al lado de este personal médico más o menos especializado, existían también Hermanos Enfermeros, que eran religiosos especializados en el cuidado y vigilancia constante de los enfermos, así como un pequeño número de enfermeras, que realizaban el mismo trabajo en las salas reservadas a las mujeres, y un grupo de asistentes de enfermería dedicados a la limpieza, transporte de enseres y retirada de cadáveres. La co-

78. MADOZ, P., *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España*, edic. facsímil de la Editorial Ámbito, Valladolid, 1986, p. 288.

cinera y las criadas de cocina preparaban el yantar para los enfermos y personal del hospital; las lavanderas tenían a su cargo la limpieza de sábanas, almohadas, camisas, vendas, etc.; las nodrizas, finalmente, se ocupaban de los niños hasta la edad de 7 años.

He aquí, pues, Pamplona. Una ciudad limpia, con su sistema de alcantarillado; que ha resuelto el problema del agua dulce, tan vital para una ciudad, y que posee unas instalaciones médico-sanitarias muy superiores a las de muchas ciudades españolas, a finales del siglo XVIII.

San Sebastián es la otra capital vasca que visita nuestro viajero, tras su estancia en Pamplona. Es, pues, perfectamente comprensible que comience haciendo una comparación entre ambas ciudades. «*St. Sebastien, comparé à Pampelune, est presque une ville française*», escribe Faget, a modo de presentación, de la capital guipuzcoana. En efecto, su situación geográfica a unos 20 kilómetros de la frontera francesa, su papel político-administrativo de capital de la provincia de Guipúzcoa y su enclave sobre el Camino Real hacia Francia hacían de ella una ciudad mucho más cosmopolita y moderna que Pamplona. Ciudad de unos 11.000 habitantes a comienzos del siglo XVIII, su población aumenta moderadamente a lo largo del siglo para alcanzar la cifra de 15.138 habitantes que nos proporciona el censo de 1786.

Ya hemos hablado de las alusiones que Faget hace a la organización de su espacio urbano, las diferencias de sus casas con las de Pamplona, sus iglesias, sus caminos, etc. Nos detendremos ahora, únicamente, en subrayar su papel económico, importante tanto en la provincia de Guipúzcoa como en el conjunto del territorio vasconavarro.

Desde comienzos del siglo XVIII, el monopolio mercantil de Cádiz-Sevilla con América comienza a resquebrajarse con la creación de compañías privilegiadas por acciones, facultadas para comerciar con determinados territorios americanos que quedaban marginados de las grandes rutas de la Carrera de Indias. La primera de estas compañías se estableció, precisamente, en San Sebastián en 1728; se trata de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas⁸⁰. El territorio que le fue asignado fue Venezuela, donde la Compañía impulsó rápidamente una economía agrícola de monocultivo del cacao, producto cuyo comercio prácticamente monopolizó entre los años 1740-1780. La empresa siguió, con altibajos, su trayectoria comercial hasta que la publicación de los Decretos de Libre Comercio con América de 1778, la convirtió en una institución desfasada. Sus capitales se vieron incluidos poco después en la nueva Compañía de Filipinas, creada en 1784 para desarrollar el comercio con aquel territorio, el más alejado del sistema colonial español.

La Compañía Guipuzcoana obtenía también pingües beneficios a través del copioso contrabando de cacao, tabaco y metales preciosos que llevaba a cabo con Bayonne.

El comercio con Navarra constituía, igualmente, una importante salida para los productos coloniales que llegaban a San Sebastián. Desde los años 1730, el comercio del cacao se había desarrollado de la manera siguiente: el

79. «Souvenir...», p. 19.

80. Para obtener una visión completa de esta Compañía, ver el trabajo de HUSSEY. R.D., *La Compañía de Caracas*, Caracas, 1962.

procedente de Caracas pagaba una cierta cantidad inmediatamente a su llegada a San Sebastián, tanto si su destinatario era la Compañía Guipuzcoana, como si se trataba de personas particulares. Recibía entonces tal producto una guía o despacho para que pudiera ser introducido en Navarra libre de cualquier otro derecho. El cacao procedente de países extranjeros no contribuía a su llegada a San Sebastián, pero lo hacía, a razón de 7,5 reales de vellón por carga, al pasar por una de las tres «aduanillas» de la frontera entre Guipúzcoa y Navarra (Atáun, Segura y Tolosa), establecidas en 1728 y cuyos módicos derechos, que favorecían el comercio entre las dos provincias, fueron mantenidos hasta 1786. Este año, una real orden prohíbe introducir en Castilla y Navarra el cacao, azúcar, vainillas, canela, etc., procedentes de países extranjeros; y cuando estos productos provienen de la Compañía de Filipinas, en caso de ser introducidos en Navarra, deberán pagar los mismos derechos que se cobraban en los demás puertos habilitados. El Consulado de comerciantes de San Sebastián se quejó al rey de que la aplicación de tal orden supondría la total ruina del comercio guipuzcoano y beneficiaría grandemente el comercio con Francia (Bayonne y Sait Jean de Luz en particular), lo que originaría una salida adicional y sustancial de metales preciosos españoles.

Los comerciantes donostiarros, pues, no pudieron aprovecharse, por su denodado deseo de conservar su sistema aduanero tradicional, de la política económica «liberal» iniciada en 1765, y tampoco fueron capaces de sacar partido de las ventajas que les ofrecía el monopolio colonial ejercido a través de la Real Compañía Guipuzcoana. Por lo que toca a la industria, confiados igualmente en su situación de privilegio, los patronos guipuzcoanos no supieron modernizar técnicamente sus manufacturas ni diversificar sus productos, y se limitaron a continuar exportando el metal de hierro a ultramar, en barras o sólo semi-elaborado. La consecuencia de ello fue la competencia extranjera, un bajón en la producción de las ferrerías y un contrabando alarmante a partir de los años 1765. El capitalismo comercial donostiarra se había mostrado incapaz de crear un potente centro comercial y manufacturero en la provincia; y desde los años 1760 los comerciantes de San Sebastián se dedican, casi exclusivamente, a la especulación de granos.

3. Jacques Faget de Baure y su percepción general del pueblo vasco

Un lector de nuestros días, a la primera lectura de los recuerdos de viajes de nuestro bearnés por el País Vasco, piensa en una serie de tópicos ya pasados de moda y sin fundamento científico alguno, aunque siempre vivos en el subconsciente de determinados sectores de la sociedad vasca.

Y sin embargo, si nos situamos cronológicamente en el momento del viaje –años 1784-88– hemos de reconocer que, más que de tópicos, se trata de un conocimiento bastante exacto de la literatura vasca del momento sobre el tema de la identidad euskaldun.

Ya vimos que el apoyo de las provincias vascas y Navarra a Felipe V durante la Guerra de Sucesión de comienzos del siglo XVIII permitió a estas provincias conservar sus privilegios tradicionales. No obstante, a medida que el siglo avanza, y muy particularmente bajo el reinado del déspota ilustrado Carlos III y sus ministros consejeros, el poder central soporta cada vez peor la supervivencia de ámbitos que escapan al control central y directo del go-

bierno. Y esta lucha del gobierno central de Madrid contra los últimos privilegios y fueros provinciales aún existentes –los de Navarra y las provincias exentas vascas– va a provocar una importante literatura combativa que intenta defender tales privilegios a través de la puesta en valor de diferencias o particularidades socio-históricas y lingüísticas, pero también raciales. «*Qu'on me donne le corps d'un Basque (...): je le fais dissequer et je parie que l'on trouve sa tête autrement faite que celle d'un homme*»⁸¹, escribe nuestro autor, poniendo la frase en boca de otro personaje no identificado. Es evidente que tal reflexión va un poco demasiado lejos: ¿serían los vascos superhombres? ¿o pertenecerían, por el contrario, a una infrahumanidad «*débris de quelques grandes nations*», como el mismo Faget escribe unas líneas antes? Ni una cosa ni otra. Se trata simplemente de la búsqueda de «pruebas» que justifiquen y expliquen de alguna manera la validez y la necesidad de conservar el sistema político-administrativo existente. Y el siglo XVIII es rico en tales escritos.

Por los años 1755-1760, el jesuita guipuzcoano Manuel de Larramendi procedió a la reelaboración doctrinal⁸² más acabada acerca del carácter pactista de los fueros y del esencial «igualitarismo» vasco, fuente de la universal hidalguía vasca, llegando a unos posicionamientos claramente «nacionalistas» e independentistas: «*¿Que razón hai para que la nación vascongada, la primitiva pobladora de España (...) no sea nación aparte, nación por sí, nación exenta e independiente de las demás? ¿Por qué tres Provincias en España (y no hablo ya del reino de Navarra) han de estar dependientes de Castilla (Guipúzcoa, Alaba y Bizcaya) y otras tres dependientes de Francia (Labort, Zuberoa y Baja Navarra)*»⁸³.

Hacia 1785, Bernabé Antonio Egaña, abogado de los Reales Consejos, formaliza en términos más jurídicos la fundamental distinción larramendiana entre el «fuero primitivo» o leyes originales del pueblo vasco, y el «fuero accidental» o leyes pactadas en el momento de la unión a Castilla⁸⁴.

Varios autores más, como Diego de Lazcano en su *Ensayo sobre la nobleza de los Bascongados*, publicado en Tolosa en 1786, o Manuel Aguirre en sus *Cartas y discursos*, siguen esta misma vía, intentando demostrar por todos los medios que los fueros vascongados eran anteriores a cualquier otra ley española, ya que procedían de los usos y costumbres ancestrales de un pueblo primigenio, eslabón inicial de todos los demás pueblos ibéricos, con una lengua totalmente distinta –por más antigua– de cualquiera de sus vecinas, y unas costumbres particulares y hasta con determinados rasgos fisiológicos –índice de cavidad encefálica, por ejemplo– diferentes.

Y estas indicaciones de diferencias raciales que nos aporta Faget, son tanto más interesantes cuanto que el criterio de clasificación de los hombres en grupos, apelando a la raza, no adquiere una importancia significativa hasta el siglo XVIII, y habrá que esperar hasta el XIX para que la «raza» se convierta

81. «Souvenirs...», p. 24.

82. Además de la *Corografía de Guipúzcoa*, son importantes sus *Conferencias curiosas, políticas, legales y morales sobre los Fueros de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa*, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, ms. núms. 9-13-6-687. Existe una buena edición del jesuita Tellechea.

83. Larramendi, M., *Conferencias...*, Fol. 36.

84. Egaña, B.A., *Instituciones y colecciones histórico-legales pertenecientes al gobierno municipal...*, citado por Fernández Albaladejo, P., *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833*, Madrid, 1975, p. 347.

en explicación tópica de las diferencias en las características humanas, con el francés Gobineau (1816-1882) y sus medidas encefálicas del Hurón y del Europeo que le llevan a concluir que jamás el primero podrá alcanzar la inteligencia del segundo.

Por lo que afecta al País Vasco, será Sabino Arana y Goiri (1865-1903) quien sistematizará una teoría puramente racista del pueblo vasco. He aquí lo que escribía en 1894: «*Vuestra raza, singular por sus bellas cualidades, pero más singular aún por no tener ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española, ni con la francesa (...) ni con raza alguna del mundo, era la que constituía a vuestra Patria Bizkaya(...). Poseáis una lengua más antigua que cualquiera de las conocidas (...) y era la lengua de vuestros padres, la lengua de vuestra raza, la lengua de vuestra nacionalidad (...). Era antes vuestro carácter noble y altivo, a la vez que sencillo, franco y generoso,...*»⁸⁵.

La raza vasca despierta el interés de los estudiosos y se multiplican las obras sobre el origen posible de esa lengua primigenia y de esa «raza isla» única, que para Arana representa el principal elemento definitorio de la «nación vasca», sin el que ésta no puede existir: «*La raza –escribe Javier Corcuera– precede a todos los elementos de la nacionalidad, es nuestra “sustancia”, mientras que lengua, instituciones y costumbres son únicamente accidentes derivados de dicha sustancia nacional*»⁸⁶. De aquí que el término tradicional de Euskal Herria, país de los que hablan euskera, se convierta para Arana en Euzkadi, o conjunto de hombres de raza vasca.

Vemos, pues, aquí un Faget de Baure perfectamente al corriente de las especulaciones ideológicas del momento, de las que parece conocer las vías más significativas, aunque no nos aporte en sus «Souvenirs..» sino unas pocas alusiones rápidas y concisas.

He aquí esbozada una presentación de Jacques Faget de Baure y de su obra. Proponemos seguidamente al curioso e interesado lector, la lectura de la traducción española que hemos realizado, con el fin de permitir el acceso a la narración del viaje de Faget de Baure al mayor número posible de lectores, intentando apartarnos lo menos posible de lo que nos ha parecido ser el pensamiento del autor en cada momento. Las notas intentan esclarecer puntos no demasiado precisos bajo la pluma del autor, o alusiones históricas, literarias u otras.

Nuestro mayor deseo es que el presente trabajo pueda servir tanto para los especialistas, quienes quizás puedan encontrar detalles de alguna utilidad para el conocimiento de un aspecto preciso en un momento dado, como para un amplio público interesado en esa brillante y documentada literatura de narraciones de viajes, que alcanza en el siglo XVIII un momento de gran desarrollo.

85. ARANA Y GOIRI, S., *Obras Completas*, citado por SOLÓZABAL ECHAVARRÍA, *El primer nacionalismo vasco*, San Sebastián, 1979, pp. 334-335.

86. CORCUERA ATIENZA, J., *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*, Madrid, 1979, p. 385.

IV. RECUERDOS DE VIAJES POR FRANCIA Y POR ESPAÑA

CAPÍTULO I

PAMPLONA, SAN SEBASTIAN Y LOS VASCOS

Introducción

La *Odisea*, la *Eneida* y *Telémaco* no son sino narraciones de viajes; y han bastado para inmortalizar a sus autores. También yo quiero escribir mi *Odisea*: no porque pretenda la inmortalidad, sino porque estoy desocupado y me aburro, ¿no es ésta una razón suficiente para escribir, aun cuando deba cansar a los lectores y no divertir sino a mí mismo? Lo que encontramos de particular en las narraciones de viajes de Ulises, Eneas y Telémaco, es que no comienzan al inicio de su viaje. Entablamos contacto con Ulises o Eneas sin saber de dónde vienen, los encontramos ya a mitad del camino, antes de saber que iniciaron su viaje. Telémaco observa el mismo misterio en cuanto al comienzo de su viaje, lo encontramos junto a Calipso cuando lo creeríamos aún junto a su madre. Esta práctica de comenzar la narración de un viaje a la mitad del camino no gustaba al cuentista Hamilton⁸⁷, y cuando su morueco se encuentra dispuesto a contar sus aventuras a la manera de Homero, uno de sus interlocutores le interrumpe y le advierte amistosamente que debe iniciarlas por el comienzo.

No seguiré el parecer de Hamilton, no quiero que se sepa. De dónde partí, me interesa guardar la incógnita; tampoco diré la causa, pero voy a abrir un vasto campo a las conjeturas de quienes estén lo suficientemente ociosos para leer estas narraciones de viajes. He visto al Emperador, al Rey de Suecia, al Príncipe Enrique de Prusia y al Gran Duque de Rusia, viajar bajo nombres alemanes, suecos o rusos. ¿Qué ganaban con ello? Nada; aun cuando hubiésemos ignorado su rango, sus nombres prestados habrían dejado adivinar sus países; yo he llevado la incógnita hasta presentarme como anónimo. En Madrid me tomaron por un gallego; en París tuve el honor de pasar por originario de la Champaña; en Londres hubo apuestas de que era escocés; en San Petersburgo sólo dependió de mí el no entrar como Calmouk en la guardia tártara de la Emperatriz. He aquí cómo he conducido, de manera segura y con un misterio insondable, el gran designio de mis viajes.

Resumiendo aquí una parte de mis diarios, no levantaré el velo con el que me he cubierto: no quiero que el lector pueda adivinar ni mi rango, ni mi país, ni nada de cuanto me concierne; y para mejor conseguirlo, he hecho traducir al francés lo que había escrito en mi lengua de origen. Si acaso se me ocurre un día volver a leer estas cuartillas, me parecerá estar leyendo la obra de otro; no me reconoceré a mí mismo y tendré el gusto de ser, a mis propios ojos, un autor anónimo.

Mi entrada en Pamplona

Héme aquí, pues, en Pamplona, capital de la Navarra española. Hice mi entrada en ella a las siete de la tarde, la víspera de la fiesta local. Unos cuan-

87. HAMILTON, Anthony, escritor irlandés autor de cinco narraciones al estilo de las *Mil y una noches*.

tos franceses llegaron al mismo tiempo que yo y su recibimiento tuvo algo de extraordinario: alrededor de ellos se formó una especie de cortejo. Los niños arrojaban huesos de frutas sobre las mulas; los hombres sacudían sus capas como para asustarlos; y todos a una gritaban: «Gavachos, Gavachos»⁸⁸. Se trata del término despectivo que ellos han consagrado para tildar a sus fieles aliados. He podido darme cuenta que el populacho de la Navarra española ha nutrido la antigua antipatía del español para con el francés.

Pero ya anochece: oigo por todas partes el sonido de las guitarras. Todas las casas tienen balcones: no esas simples verjas de hierro que sirven para apoyo de quienes miran por las ventanas, sino pequeños pabellones adosados a cada ventanal, cerrados por rejas pintadas de distintos colores y que les hacen parecer grandes jaulas; y no hay ni uno solo de estos balcones bajo el cual no se encontrara un «caballero»⁸⁹, enmascarado con su amplia capa y su sombrero de alas dobladas, y con la guitarra en la mano; sospeché que todos aquellos balcones no eran inaccesibles, pero yo no tenía papel alguno que jugar en aquellas aventuras nocturnas y me contenté con observar que Pamplona me presentaba en esos momentos las escenas narradas por Cervantes: en una palabra, me encontraba en el país de los relatos.

Los Sanfermines

Eran los días de la fiesta local. Todo estaba en movimiento; incluso los más viejos mostraban una agitación difícil de concebir. El antiguo traje español, con la amplia capa, la chaquetilla corta y el amplio sombrero que cubría la cara, es una especie de disfraz favorable al placer, pero peligroso a veces para la tranquilidad pública. Simple protección para un amante tímido, sirve igualmente para ocultar los odios y las venganzas, y el asesinato era antaño frecuente.

El conde de Gages escribe que el medio más seguro para introducir la policía y el orden en Pamplona era convencer a sus habitantes para que abandonasen su traje, a lo que consintieron con pena, cediendo a la razón de Estado; pero, no obstante, no pudiendo renunciar totalmente a tal indumentaria tan cara a sus recuerdos, se reservaron el derecho de utilizarla una vez al año, el día de la fiesta local. ¡Con qué entusiasmo se presentan tal día vestidos con su traje tradicional! ¡Cómo se ocupan durante todo el año preparando todo aquello que puede, entonces, poner de relieve su elegancia, los más finos tejidos de Lyon; los más agradables bordados; los tejidos brillantes de la India, son utilizados para confeccionar su jubón castellano! Se arrebujan en sus capas, que echan ligeramente sobre un hombro u otro, y cuando se la quitan, deslumbran con su magnificencia inesperada. No me extraña que los

88. En español en el original. Por lo que afecta al origen de la palabra, he aquí dos pareceres coincidentes:

a) *Diccionario de Autoridades*: «Es voz de desprecio con que se moteja a los naturales de los pueblos que están a las faldas de los Pyreneos, entre el río llamado Gaba, porque en ciertos tiempos del año vienen al Reino de Aragón, y a otras partes, donde se ocupan y exercitan en los ministerios más baxos y humildes»; Edic. Gredos. Madrid, 1969.

b) Enciclopedia *Grand Larousse*: «Esp. "gavacho"; terme de dédain appliqué aux montagnards des Pyrénées. Nom dédaigneux qu'on donne, dans la Gironde, à des personnes d'une origine étrangère, et, en Espagne, aux Français mal vêtus»; París, 1962.

89. En español en el original.

descendientes del Cid y de los Abencerrajes estén tan apegados a este traje, es como su imaginación, brillante y novelesca.

La fiesta comienza con una procesión destinada a ensalzar las victorias de los españoles sobre los moros; es una especie de triunfo religioso. Salen enormes muñecos que representan a los reyes y las reinas moros; estas figuras van encadenadas: así es también como los romanos hacían colocar en sus pompas triunfales los emblemas de los pueblos vencidos. Vienen después los cuerpos civiles y militares: los gobernadores y los alcaldes. Cada uno vestido con el traje de su estado. Les sigue una multitud de religiosos de diferentes órdenes. No creo exagerar demasiado diciendo que esta legión estaba compuesta de no menos de mil hombres. Entre las dos filas de la procesión caminaban niños, vestidos como se pinta a los ángeles; llevaban cestas de flores y arrojaban a su alrededor pétalos de rosa. Saltimbanquis valencianos ejecutaban entre las dos hileras danzas o ejercicios de destreza: uno realizaba saltos mortales; otros formaban una de esas pirámides en la que los hombres, apoyados unos sobre otros, componen un edificio vivo; coros de música, gaitas, birimbacos⁹⁰, guitarras. Una mezcla singular de religión y de espectáculos profanos. Esa especie de delirio que las fiestas públicas provocan en el pueblo, sobre todo cuando están consagradas por la antigüedad; lo que podríamos llamar la ebriedad de la imaginación. Todo contribuye a hacer agradable esta ceremonia, incluso a los ojos de un extranjero; y no puede uno dejar de sentir una secreta satisfacción cuando se dice a sí mismo al contemplar a los habitantes de Pamplona: son felices, al menos un día al año.

La corrida

Lo que más interés suscita es la corrida de toros; es el acontecimiento que ocupa todas las mentes; he visto publicar una declaración de guerra, nadie prestaba la menor atención, todos los pensamientos estaban absortos en el espectáculo de los toros. Estos toros son animales salvajes; los van a buscar a las cúspides de las montañas. Se les atrae presentándoles las vacas, que se hacen correr delante de ellos. Los toros las siguen, impulsados por una inclinación ciega: se les conduce de esta manera hasta Pamplona; a la hora en que deben entrar en la ciudad, todos los habitantes se colocan a ambos lados de las calles, dejando entre ellos un espacio libre. Los toros, siempre precedidos por las vacas, se lanzan impetuosamente a través de dos filas de capas que revolotean a su paso; los aplausos resuenan en torno a ellos; su carrera es tan rápida que jamás se apartan de su camino; parecen conquistadores que no se dignan echar una ojeada sobre sus conquistas. Cuando llegan a la gran plaza, las vacas entran en un patio partido en dos por una reja, que se deja caer en el momento preciso en que los toros se precipitan hacia ella; se abre una puerta a las vacas, y los toros quedan ahí, en un estado de furia, hasta el momento en que deben combatir.

El gran combate está precedido por unos ensayos que llaman novillos: un toro, cuyos cuernos están embadurnados de cera, arcilla y pez, es soltado en la plaza a los asaltos del populacho; los toreros están presentes para retirar al

90. «Instrumento músico que consiste en una barra de hierro en forma de herradura, que lleva en medio una lengüeta de acero», *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1950.

animal cuando coge a alguien. Se trata de una especie de escuela en la que cada uno se ejerce en tal género de esgrima; pero también tiene su peligro: he visto al toro coger a un hombre y lanzarlo veinte pies al aire. De la misma manera que vemos, en las salas de armas, los juegos de florete causar la muerte, ya por imprudencia ya por accidente. Pero la corrida comienza: es la una. Una compañía de granaderos que marcha de frente, barre ante sí la multitud que llenaba la plaza; el coso queda libre. El ruedo está cerrado por galerías de madera; su altura, por el lado de la plaza, es de ocho pies; a partir de ahí, se levantan los graderíos, que es donde la mayor parte de los espectadores se colocan. Por tres lados de este recinto se levantan casas con tres pisos de balcones; estos balcones se alquilan este día en beneficio de la ciudad y producen unas veinte mil libras, que sirven para pagar holgadamente los gastos de la fiesta.

Rápidamente hacen su entrada los Alcaldes y oficiales municipales; van a caballo y con su traje de magistrados; dan la vuelta al ruedo, el público les saluda con aclamaciones, y las capas revolotean a su paso; los caballos se espantan, y mientras el magistrado saborea su gloria, su caballo –como el del Padre Canaye– le recuerda que todo es vanidad: lo arroja al suelo o le cansa tanto que ese momento es el más penoso en las funciones de alcalde. Salen después los toreros, vestidos a la española: redecillas en la cabeza, chaquetilla de terciopelo rojo, verde o negro con mil botones; son jóvenes, ágiles y vigorosos. Seguidamente vemos los toreros a caballo⁹¹; y hasta las mulas destinadas a arrastrar los toros muertos fuera del recinto, son presentadas a los espectadores. Por fin, tras esta especie de revista, el torneo comienza. Suena la trompeta; no quedan en la plaza sino los toreros de a pie. Se abre la barrera; un toro surge y salta a veinte pies. Arremete contra el torero, que lo esquiva presentándole una capa y retirándose a un lado. Todos le arrojan pequeñas flechas, cuyo arpón no mide más de media pulgada⁹²; los pinchazos lo irritan y enfurecen; persigue al torero, que corre hacia lo alto de la barrera donde encuentra refugio. Se hace entrar a los toreros de a caballo, armados de largas lanzas con cortos arpones de hierro; con este arpón paran al toro cuando se lanza sobre ellos, pero ponen en peligro su vida si no lo consiguen; por ello, los toreros de a pie siguen cada movimiento del toro para estar dispuestos a desviarlo cuando se dispone a derribar al caballo y al caballero. Por fin, el combate ha durado lo suficiente; ha llegado el momento de terminar: la trompeta fatal suena; no queda en la plaza sino un torero, quien se dirige bajo el balcón de los alcaldes para tomar la espada de la muerte. Se adelanta hacia el balcón de alguna persona distinguida, que elige por padrino del combate que va a librar, y a la que dedica la actuación que va a comenzar⁹³. Desde allí escoge su situación frente a la carrera del toro y con una mano le presenta su capa⁹⁴; con la otra mantiene inmóvil la espada, derecha y corta, que constituye su única arma. El toro se precipita hacia la capa bajando la cabeza, y la espada, dirigida hacia aquel punto en que los lomos se unen con la

91. Los picadores.

92. *Pulgada*: medida que equivale a unos veintitrés milímetros. Se trataba, pues, de flechillas de un centímetro, poco más o menos.

93. La *faena*, diríamos hoy.

94. La *muleta*.

cabeza, penetra con tanta mayor facilidad cuanto que la fuerza del toro lo lleva derecho al golpe: cae muerto instantáneamente. La trompeta anuncia la victoria. Tres mulas, más rápidas que el viento, entran velozmente en la plaza arrastrando unas angarillas sobre las que se llevan al toro. Éste pertenece al vencedor: los alcaldes se lo dan como premio a su destreza, si lo ha matado del primer golpe o con alguna circunstancia de valor o maestría particular; y el padrino elegido por el torero le arroja monedas.

He aquí el espectáculo de base; pero se intenta variar. Así, por ejemplo, en medio del espectáculo de esta especie de tragedia, se representa una suerte de farsa: todos los molineros y panaderos, con traje y sombrero blancos, se colocan en el centro de la plaza, y se mantienen fuertemente agarrados por los brazos unos a otros, y presentando ante ellos un frente impenetrable, formado de larguísimas picas terminadas por un espolón de hierro. El toro acomete contra esta masa, y a la primera investida echa por tierra a todo el batallón; pero, herido, se enfurece y los toreros de a pie le dan unos pases, hasta que los vencidos han rehecho sus filas y vuelto a formar la masa del batallón. El toro realiza un nuevo asalto: una vez más sale vencedor; pero sus fuerzas se agotan; cada victoria le cuesta una herida y tras varios asaltos se encuentra tan debilitado que ya no puede ni atacar ni defenderse. Muere con la desesperación de haber tenido que ceder ante unos cobardes. Una escena imponente es el combate, cuerpo a cuerpo, que el peruano Pepillo libra con el toro: se presenta montado sobre un hermoso caballo adiestrado para este género de combate. Tras un preámbulo durante el cual enfurece a su enemigo, le lanza una soga con un nudo corredizo con el que atrapa las patas del animal, lo derriba, le pone sobre sus lomos la silla de su caballo, lo desata, monta sobre él y, pinchándole con dos dardos, da la vuelta a la plaza sin que los saltos del animal furioso logren nunca echarle de la silla.

Fui testigo de un descalabro que reafirmó aún más la fama de Pepillo. En una maniobra demasiado precipitada, su caballo se encontró demasiado cerca de la barrera y demasiado acosado por el toro para poder escapar; Pepillo no tuvo tiempo sino de saltar por encima de la barrera; el toro plantó sus cuernos en el cuerpo del caballo; por todas partes sonaron los aplausos y esta exclamación: «Viva [el] toro»⁹⁵. Pepillo, furioso, fuera de sí, se lanza a la plaza, toma la espada, asesta al animal veinte golpes sin ni siquiera cubrirse con la capa, ni tomar la mínima precaución por su propia vida.

El toro es verdaderamente el héroe del espectáculo y el interés se centra totalmente en torno a él: es soberbio, imperial, indomable; tiene la fuerza, la belleza y el coraje; es digno de pena. ¿Qué más hace falta para convertirlo en héroe de tragedia?

Una sola deficiencia encontré en esta tragedia: que tuviera diez y seis actos; y hay que ser del país para no cansarse con una obra tan larga. Pero es el espectáculo de los españoles y representa para ellos lo que los juegos del circo representaban en Roma y Constantinopla. Se apasionan por los toreros llegando a divisiones entre ellos: en Constantinopla, dos cocheros del circo dividieron al pueblo en dos facciones⁹⁶; en París, glukistas y piccinistas for-

95. En español en el texto, seguido de la traducción francesa «Vive le taureau».

96. En la gran época imperial, Constantinopla estaba dividida en cuatro facciones agrupadas de dos en dos, cuyos colores -el azul y el verde- eran llevados y defendidos por los cocheros cuando se cele-

maban últimamente dos partidos⁹⁷; en Londres, Fox y Pitt son los jefes de dos ejércitos enemigos⁹⁸; y la reputación de Romero y Pacheco, rivales en el arte del toreo, ha dividido a España en Romeristas y Pachequistas. ¿Y qué puede importar el tipo de fiestas; qué puede importar la justa crítica que un extranjero pueda hacer de ellas si tienen la ventaja de enraizar firmemente a los hombres en la tierra que los vio nacer?

Vida social

Lo que más me agrada de la vida doméstica de los españoles es el uso de los refrescos. El primero al que asistí me causó una agradable sorpresa. Fue en casa de don Miguel Ángel de Vidarte; vi a todos los presentes colocarse en orden a lo largo de la pared y yo ocupé mi plaza. Varios criados nos trajeron un plato de plata a cada uno; tomé el mío con la gravedad que se requiere, sin imaginarme para qué podía servirme. Un momento después nos presentaron vasos de limonada helada; los trozos de hielo flotaban sobre la superficie del agua. Se añadieron pequeños panecillos de azúcar, que, mojados en el licor, lo absorben rápidamente; es lo que ellos llaman el *azúcar rosso*. Nos sirvieron después todo tipo de confituras secas y de panecillos con aromas de toda clase; y esa bonita merienda terminó con una taza de chocolate, ya que no existe en España comida sin chocolate.

Asistí a un baile en casa de la Marquesa de Ayansa; su palacio es grande y bello; la escalera magnífica, aunque había que subirla a tientas, pues no existe aquí la costumbre de alumbrarlas por la noche. Encontré a las mujeres reunidas en una sala y a los hombres en otra. Se juntaron un poco después en un salón de baile, elegante y bastante bien iluminado. La orquesta estaba compuesta de violines y guitarras. Un Maestro de Ceremonias se acercó y propuso a uno de mis vecinos bailar un minué; una vez obtenido su consentimiento, tomó al bailarín por la mano y lo condujo gravemente al centro del salón; fue entonces a buscar, de la misma manera, a una bailarina y la presentó a su pareja, y bailaron un minué. Tras varios minués organizados de esta misma forma por el maestro de ceremonias, se pasó, por orden suya, a las contradanzas inglesas, en las que treinta y dos personas bailan al mismo tiempo; se distribuyeron los papeles, y las parejas fueron formadas por el maestro de ceremonias, quien juega, como se ve, un papel de primer orden y ocupa por un momento la función que la mitología asigna al dios del himeneo, y que hace, como éste, felices y descontentos.

La etiqueta exige que el baile termine por un fandango, que es el baile nacional. Ninguna seriedad resiste a la prueba de la música que lo acompaña. Al primer golpe de arco, jóvenes y viejos, todos palpitan de placer y siguen,

braban las grandes carreras de carros. Estas facciones recubrían en realidad oposiciones sociales y religiosas: los azules representaban a los habitantes de los barrios aristocráticos, y los verdes, a los de los barrios más pobres de la gran urbe.

97. *Glukista*: partidario de la música o del sistema musical del compositor alemán Christoph Gluck; por oposición a «piccinista», partidarios de la música de Niccolò Piccini, compositor italiano. Los dos del siglo XVIII. *Grand Larousse Encyclopédique*, París, 1962.

98. Fox (1749-1806), hombre político inglés; uno de los grandes oradores del partido Whig, favorable a la Revolución Francesa, fue el infatigable adversario de Pitt, haciéndose el defensor de una política de no intervención inglesa. PITT, William, llamado el segundo Pitt (1759-1806), entra a los 23 años en el gabinete como ministro de finanzas; Primer Ministro en 1783, triunfa en las elecciones de 1784 sobre los partidarios de Fox.

con sus ojos y el balanceo de sus cuerpos, los movimientos de los bailarines. ¿Que en qué consiste este baile? Imagínense ustedes a Venus y Adonis; a Diana y Endimión juntos. Imagínense, en suma, todo cuanto puede recordar escenas de amor. Pues bien, ni aun así podrán hacerse una idea de lo que hace el encanto de este baile. Hay que haber nacido bajo el cielo abrasador de España; es necesario haberlo visto en los primeros instantes de la adolescencia para verse embriagado por el placer que ocasiona. Un coronel al servicio de Francia asistía al baile de la señora de Ayansa. Se había entrenado bailando el fandango y deseaba dar a la nación española una prueba de su educación. Se interrumpió, en su honor, el orden acostumbrado; el maestro de ceremonias le eligió una bailarina y el fandango comenzó. Todo fue una sucesión de aplausos. Un coronel francés bailando el fandango halagaba agradablemente el orgullo nacional de los espectadores; por todas partes gritaban: «¡Bravo, guapo, viva..!»⁹⁹. Pero el éxito nunca es total. La bailarina era infatigable; el coronel no había economizado sus fuerzas, estaba cansado y el fandango no terminaba nunca. Finalmente, tras muchos esfuerzos, agotado, vacilante, se dejó caer sobre un sofá, abandonando el campo de batalla a su bailarina. ¡Qué vergüenza! Ariana abandonada, jamás suscitó en Grecia una indignación tan grande contra Teseo. Se oyó un grito de despecho; por suerte, un joven oficial de la guarnición de Pamplona reemplazó al coronel francés; ¡qué bien bailaba! Y el placer de ver bailar un fandango con tanto garbo hizo olvidar el triste fracaso de aquel galán caballero que cometió el error de no ser infatigable. Se trataba del conde de Balbi, genovés, coronel del regimiento de Borbón, entonces en guarnición en Bayona. Había venido a Pamplona a ver a uno de sus compatriotas que tenía el mando del regimiento Walón de Milán. Se llamaba Imperiali y es el nieto del Dogo de Génova¹⁰⁰, que Luis XIV hizo venir a Versalles a pesar de la ley genovesa. Al preguntarle ¿qué encuentra de maravilloso en este hermoso palacio?, respondió: el encontrarme en él. ¿Contaré aquí un suceso que nunca podré olvidar? Estoy indeciso; se trata de una confidencia que no me atrevo a revelar a mis lectores. Antes de decírselo, necesito que me prometan guardar el secreto. Y exijo aún más: necesito estar seguro de que no se permitirán pensar nada más de lo que yo les diga. Apenas el baile había comenzado, cuando un joven de aspecto elegante, los ojos negros, la mirada dulce, vestido a la española y con modales agradables, entró en la sala; todos los ojos se fijaron en él. Y él pareció no ver a nadie. Sin darse importancia alguna, fue a colocarse junto a la orquesta y, para no permanecer desocupado, se puso a tocar la guitarra. En todas partes existen personas educadas que se prestan a informar a los extranjeros, incluso a expensas de sus compatriotas. Alguien, pues, me dijo: es el «cortejo»¹⁰¹. Es lo que en Italia se llama el *Sigisbeo* y en Francia *el amigo de la familia*. ¡Ah, lector, está usted olvidando su promesa; está sospechando ya tantas cosas que yo no he dicho y que seguramente son falsas! Un «cortejo» es apuesto, entra en un

99. En español en el texto francés.

100. Por imitación de Venecia, el primer magistrado de Génova recibe, desde 1339, el nombre de Dogo. Esta función fue creada y suprimida repetidas veces, hasta quedar totalmente abolida por los franceses en 1797, hecho al que parece hacer referencia el texto.

101. En español en el texto francés.

salón, atrae las miradas que no busca y toca la guitarra. He aquí lo que he dicho, y usted no debe pensar nada más.

¿Lo podrán creer? Una observación más hice en el baile; cuántas cosas se pueden aprender en él. He visto algunos eclesiásticos; quizás fueran parientes; pero me pareció, en general, que éstos no se privan en España de los inocentes placeres que en otras partes son vistos como profanos. He visto en los paseos a jovencitas con frailes; y no he encontrado familia que no tuviera un monje. Hay que hacer observar que quizás no exista familia de la que no haya salido un religioso. Una jovencita, «doña Pepa de Ripaverde»¹⁰², llevaba unos pendientes compuestos de siete u ocho medallones reunidos en forma de arracada¹⁰³; estos medallones contenían los retratos en miniatura de sus padres, hermanos, tíos, primos, etc. De los catorce retratos, seis eran de religiosos. ¿Es, pues, extraño que encontremos por todas partes en Pamplona a jovencitas en conversación con frailes? Son, o pueden ser, sus tíos, sus hermanos o sus primos. ¡Y quién ha sospechado nunca algún mal, o quién puede presumir algún desorden en lo que caracteriza la unión de las familias! Me apresuro, pues, aquí a hacer una auténtica reparación a la castidad de los «Padres»¹⁰⁴: había hecho, en un momento de humor, un juicio temerario. Una mañana, «Doña Joaquina de Vidarte»¹⁰⁵ había comido conmigo en casa de su primo: [cuando] se retiró, un eclesiástico la acompañaba. Le pedí permiso para darle el brazo, aunque no se acostumbra en España. Doña Joaquina es encantadora, tiene la frescura del alba y los ojos de la voluptuosidad. Otros extranjeros vinieron con nosotros. Llegamos a su casa; su apartamento, cerrado con celosías y cortinas de color rosa, no recibía sino media luz; estaba amueblado con sofás y otomanas¹⁰⁶. En una palabra, aquel hermoso templo era digno de ella. Creí poder permanecer allí algún tiempo, pero un despiadado Argos¹⁰⁷ nos advirtió que la doña deseaba asearse: jamás nadie tuvo menos necesidad de hacerlo que ella; fue, sin embargo, preciso salir; el eclesiástico salió con nosotros, bajó la escalera, al pie de ésta, se despidió de nosotros, cerró la puerta y volvió a subir con presteza. Lo confieso, creí entonces todas las historias que los viajeros han contado sobre la galantería monacal en el país de los Iberos. Maldije veinte veces a quien nos había tan amablemente despedido: ¿pero se trata quizás de un hermano o de un tío? No lo sé: me he dejado llevar por las apariencias y me comprometo a romper una lanza contra cualquiera que hable mal de aquellos a quienes Joaquina protege.

Encontré en casa de los señores de Vidarte a uno de sus amigos; se llama Ouïchi; no sé si tal es la ortografía de su nombre, pero es así como se pronuncia. Me invitó a ir a pasear con él. Y como si el azar hubiera conducido nuestro paseo hacia su casa, me propuso entrar en ella. Vi su biblioteca, en la que hay algunos buenos libros en casi todas las lenguas de Europa. Nos reprochan, me decía hablando la mía, que no tenemos poetas anacreónticos. Se reprocha a nuestra poesía lo mismo que se reprocha a nuestra nación: su fas-

102. En español en el texto.

103. *Arracada*: Pendiente de aro con adornos colgantes.

104. En español en el texto francés.

105. En español en el texto.

106. *Otomana*: Gran sofá sin respaldo, donde se reposa al estilo oriental.

107. Argos: perro de Ulises, el único ser vivo que reconoció al héroe cuando volvió, vestido de mendigo, a Itaca, muriendo de alegría. Por extensión, hombre clarividente, difícil de engañar.

to y su pobreza; pero esas críticas generales son totalmente exageradas. Mire, he aquí una colección de poesías frívolas. He aquí, entre otras, unas odas de Góngora. Y mi joven español leyó algunos versos. Encontré aquella poesía dulce y sonora. Los tradujo y creí estar oyendo a Anacreonte. Mientras leíamos, un criado le dijo algo al oído. Ouïchi me propuso pasar a un salón desde donde podríamos ver las danzas ejecutadas en la calle por los valencianos. Tras haber contemplado durante algún tiempo el espectáculo, me acompañó como si yo me hubiera despedido, y me abrió una puerta que creí ser la de la escalera. Cuál no fue mi sorpresa al penetrar en una galería interior cerrada con celosías, tapizada de esterillas y amueblada con sofás, y encontrar en ella a tres jovencitas de rostro encantador. Son mis hermanas, me dijo; y yo me di cuenta enseguida, eran tan amables como él. Su madre entró unos instantes después. Aún era hermosa, pero sobre todo tenía aquella majestad de una madre de familia que ve en sus hijos su ornato, su riqueza y su rango. Una singularidad más de esta amable familia es que las personas que la componen son rubias, bajo un clima en el que sólo se encuentran morenas.

Fui acompañado por los señores Vidarte y Ouïchi a casa del Primer Presidente del Consejo de Navarra. Vive en un muy hermoso palacio. Eran las diez de la noche. Nada estaba alumbrado. Me condujeron hasta un bonito salón, donde me hicieron sentarme en un sofá. Un instante después vi entrar, por una pequeña puerta secreta, a un hombre que llevaba en la mano una lámpara de cuatro mechas; la colocó sobre una mesa; era la única luz que nos alumbraba; después avanzó hacia mí, que me había puesto de pie y, estrechándome la mano para evitar los primeros cumplidos, me hizo sentar en el sofá, sentándose él mismo a mi lado. Me habló con interés, en mi propia lengua; lo encontré instruido, grave y sencillo. Era el Primer Presidente de los tres tribunales que rigen Navarra. El primero es la asamblea política de los diputados de las villas y burgos¹⁰⁸ que reglamentan ellos mismos sus impuestos y los intereses de su país; el segundo es la Cámara de Comptos, responsable de la percepción de las rentas públicas; el tercero se encarga de la justicia distributiva. Me enseñó cosas demasiado importantes para insertarlas aquí. Las reservo para un gran *in folio*, en el que me propongo dar lecciones a todos los gobernantes de Asia. Hace ya tantos años que se han prodigado tan constantemente instrucciones a los diferentes estados de Europa, que su educación debe de estar ya terminada. Ha llegado el momento de pasar a Asia, y yo me encargo de ser el preceptor de los Sultanes, de los Kans y de los Sofí. Mientras tanto, me limito a subrayar aquí que es, a través de largos servicios en la carrera de la abogacía, como se llega a juez de los tribunales; y que entre las plazas de la judicatura existe una gradación que ofrece perspectivas a la ambición y hace a los magistrados celosos de su reputación, porque ella les conduce a los honores y a la fortuna.

El Obispo de Pamplona es uno de esos hombres austeros, como nos pintan a los solitarios de Tebaida; como ellos, vive de raíces, sin fasto, solitario y casi invisible en su palacio. No se le ve sino en el altar. Sus inmensas rentas son distribuidas entre los pobres, y su caridad se extiende a todas partes donde sabe que existe un infortunado sin recursos.

108. Se trata de las Cortes de Navarra.

Pamplona es una gran ciudad situada a la entrada de una vasta llanura, y por encima de un valle formado por el río Larga¹⁰⁹; está rodeada de un recinto de murallas y defendida por los dos lados opuestos por un fortín y una ciudadela. Ésta es amplia y contiene hermosos acuartelamientos, almacenes abovedados y un molino de viento: se atribuye a Vauban el plano de esta plaza.

La ciudad se adorna de calles anchas y rectas; el pavimento es de gres¹¹⁰ y está cortado por tres cordones de losas de piedra que sirven de acera para los peatones. La limpieza de las calles es total: reglamentos de policía aplicados con todo cuidado no permiten en absoluto arrojar inmundicias en ellas. Precaución tanto más necesaria cuanto que el calor del clima haría pertinente la falta de limpieza.

Las casas están construidas con bastante uniformidad. Tienen, en general, tres pisos; todas están decoradas con balcones-miradores. Algunas están pintadas por fuera. Se admira, entre otras, la del Gobernador español que defendió Nueva Cartagena contra el Almirante inglés Vernon. Todas las operaciones del sitio están pintadas sobre la fachada exterior; se trata de una recompensa digna del servicio prestado.

El interior de las casas ofrece aposentos en los que la luz del día no penetra sino a través de los barrotes de las celosías. No se conoce el uso de cristales en las ventanas, ni el de las chimeneas, ni el de las letrinas. Quizás pueda uno pasarse de los dos primeros en un país en el que nunca hace frío; la manera como se suplen las terceras, no es ni agradable ni cómoda.

La cocina está colocada bajo el tejado, se abre en el techo un paso para el humo. Bajo este agujero, y en medio de la cocina, se enciende el fuego. Es la choza del salvaje, la cocina del lapón transportadas a un edificio europeo.

Los suelos están cubiertos de esteras de esparto artísticamente trenzadas; los muebles son sofás que se tapizan hasta la altura de apoyo, hasta donde en Francia se colocan los empanelados de madera, poco más o menos. Sobre esta tapicería queda un espacio vacío, coronado junto al techo por cortinas recogidas, del mismo tejido, y retenidas por nudos, borlas y franjas. Este espacio vacío está enyesado y sirve para colocar los cuadros. En los dormitorios tienen, sobre todo, varios retratos de santas. Las camas son simples catres a la griega, sin cortinas; los cojines y mantas son de ese tipo de tejido que imita la puntilla.

A pesar de los defectos que se pueden achacar a la distribución interior de las casas de Pamplona, un interior donde la claridad del día no entra sino a través de cortinas color de rosa, los sofás, un catre a la griega, tapices hasta la altura de apoyo, cortinas recogidas que forman una guirnalda, esterillas de diversos colores, un claro-oscuro y un frescor deliciosos bajo un cielo ardiente, hacen de ellas agradables mansiones.

Las iglesias de Pamplona son riquísimas; todo es oro o plata macizos; no hay Virgen que no tenga una corona de diamantes, aunque su cincelado no ha trascendido la materia; el único monumento artístico es la sepultura del conde de Gages, general que glorificó las armas españolas en 1740, en las guerras de Italia. Su busto es llevado por dos genios, por encima de un cenotafio¹¹¹. Esta composición simple ni siquiera ha sido realizada por un ar-

109. Se refiere al Arga.

110. Gres o piedra arenosa.

111. Monumento funerario en el que no está el cuerpo del difunto.

tista español; se ha encomendado a un francés. Esta tumba se encuentra en la iglesia de los capuchinos, a un cuarto de legua de la ciudad. Su emplazamiento es encantador: en el valle del Arga, en medio del verde más risueño. El Hospital General merece ser puesto de relieve, tanto por su distribución interior, cuanto por la beneficencia ilustrada que en él se ejerce. En una palabra, Pamplona tiene, como las ciudades y los pueblos más pequeños de España, hermosos edificios públicos. Se trabaja en estos momentos en la construcción del acueducto para traer el agua de ciertos manantiales lejanos; obra necesaria ya que los habitantes están condenados a beber el agua cenagosa del Arga.

El calor es extremado en esta parte de España; colocada a gran distancia de ambos mares, entre los que está situada, y privada de los vientos refrescantes del norte por la vasta cortina de los Pirineos, se encuentra a la merced de los vientos abrasadores de África. Por aquí sólo se sirven de mulas para tirar de los coches. Hay varias carrozas en Pamplona, su forma es antigua; parecen haber llegado de Francia con Felipe V.

En Pamplona se habla español y vasco; la gente corriente emplea indistintamente ambas lenguas. La ciudad misma tiene dos nombres. En lengua vasca se llama *Iruña*, buena ciudad; y en español *Pamplona*, que se cree venir de Pompeyo, que fundó aquí una colonia romana¹¹².

Los Estados de Navarra regulan los impuestos; existen portazgos sobre determinados géneros; la exportación de otros está prohibida; pero los aduaneros son como esos guardianes del infierno que se dejan ablandar a la vista del ramo de oro¹¹³. No existe aquí tribunal de la Inquisición; la justicia criminal es tan indulgente como en el resto de España y pasan años sin que haya una sola ejecución. He visto un culpable de crimen contra el Estado, o al menos supuesto tal, encerrado desde hace veinte años en la ciudadela.

Al observar los dos sexos en Pamplona se les creería de dos naciones diferentes: los hombres parecen descender de los africanos bereberes, tienen la tez aceitunada, la cara delgada, el andar grave; y su estatura no es muy alta, aunque bien proporcionada. Las mujeres se parecen a esas hermosas asiáticas de Circasia¹¹⁴, Cachemira o de las Escalas de Levante¹¹⁵. Solo tienen un pequeño defecto, y es que sus dientes están, por lo general, deteriorados, ya sea por el uso simultáneo de los helados y del chocolate, ya por influencia del clima. Veamos cómo nos son pintadas por un viajero: dibujemos, dice, una joven española tal cual es incluso en el campo. Un rostro de un perfecto ovalado, los cabellos de un hermoso castaño claro, repartidos por igual sobre la frente y recogidos simplemente por una redcilla de seda; la tez blanca y fina; los ojos negros y bien rasgados; una boca llena de gracia; un porte modesto; un simple vestido de sayal negro, limpio, ajustado al talle y ligeramente cerrado en las muñecas; unas manos pequeñas y bien modeladas.

112. En efecto, tal parece ser el origen de la ciudad. Ver Introducción general.

113. «El ramo de oro: rama de uno de los árboles que rodeaban la entrada a los infiernos, y que era necesario coger para presentarla a las divinidades infernales cuando se quería bajar a estos reinos; apenas arrancada, crecía otra» (Diccionario Littré; Chicago, 1987).

114. Antiguo término que designaba el piamonte septentrional del Cáucaso.

115. Puertos y otras ciudades del Mediterráneo oriental en que se realizaba un activo comercio entre la Europa cristiana y la civilización musulmana. Comprendía los puertos del Imperio otomano, desde Constantinopla a Esmirna y Alejandría, y ciudades del interior como El Cairo, Damasco o Alep.

¿Qué más podían tener las jóvenes griegas? Su fisionomía revela inteligencia y vivacidad; sensibles al amor, celosas de ser aduladas y cortejadas: poco tímidas e ingenuas, se expresan con vivacidad; son vivas, tercas e irritables, pero su corazón es bueno y escuchan serenamente la voz de la razón. Les gustan los hermosos vestidos y las alhajas y llenan sus dedos de anillos; tanto la más pobre como la más rica nunca sale sin su basquiña, una especie de falda negra, de muaré o de tafetán que se pone sobre el vestido y que abandona en cuanto entra en una casa. Se ven entre las mujeres pocas personas con marcas de viruela; sus ojos son tan vivos, tan inteligentes, que aun cuando no tuvieran otros encantos, todavía podrían pasar por hermosas. Los navarros han conservado mejor que los....¹¹⁶ sus antiguas costumbres: su antipatía hacia Francia es patente.

San Sebastián, comparado con Pamplona, es casi una ciudad francesa. Conocen el uso de los cristales y de las chimeneas. Las celosías en los balcones son aquí raras. San Sebastián forma un cuadrilátero ubicado entre dos bahías circulares y adosado a una montaña en forma de pan de azúcar¹¹⁷ que la cubre por el lado del mar. Dos hermosas bahías: la del norte, en la que varias rocas a flor de agua rompen el mar, es inaccesible; la otra está cortada en su entrada por una isla que la pone a cubierto de los vientos, ofreciendo dos pasos; la mar es aquí tranquila, y se ha hecho al lado de la ciudad un pequeño puerto: se trata de un estrecho canal que se pliega sobre sí mismo, no entran sino barcos pequeños, y hay –por así decir– que remolcarlos como si fueran carrozas. Al lado de la bahía hay un faro, y sobre la montaña un pequeño fortín desde donde la vista abraza todo el Golfo de Gascuña. Las calles de San Sebastián están bien alineadas, pero son estrechas; las casas son altas; el suelo está aprovechado con gran avaricia. Sus iglesias son ricas, aunque sin elegancia ni belleza. En el centro de la ciudad hay una plaza que está adornada de varios edificios públicos; el comercio de San Sebastián es bastante activo; es un puerto franco, así como Guipúzcoa entera; los bilbainos no pagan imposición ninguna. El rey actual¹¹⁸, al confirmar sus privilegios, les ha pedido que arreglen las calzadas; las conservan en estado con pequeños peajes que cobran ellos mismos. Los pueblos vecinos, como Hernani, Oyarzun e Irún, tienen ricas iglesias y grandes ayuntamientos.

El albergue de Oyarzun es uno de esos que la corte madrileña ha hecho construir a lo largo de la gran carretera de esta capital. Si todos son tan cómodos como éste, y están regentados por anfitriones tan honestos, debe de ser agradable viajar por España.

Las carreteras de Vizcaya son muy hermosas; y lo que me ha causado una sorpresa a la que las narraciones de los [viajeros] franceses no me habían preparado, es que uno se da cuenta de que está saliendo de España por la diferencia de [estado de] los caminos del otro lado del Bidasoa; los caminos franceses de Irún a Bayona son casi impracticables.

El Bidasoa es un pequeño río que fluye entre dos montañas y separa Francia de España; desemboca en el mar entre Fuenterrabía y Hendaya. Se atra-

116. En blanco en el texto francés.

117. En forma de cono.

118. Puede tratarse, según el momento preciso del viaje, ya de Carlos III (1759-1788), ya de Carlos IV (1788-1808), como hemos visto en la introducción.

viesa a media legua de su desembocadura en una barca, y por un vado en la estación de aguas bajas. Es aquí donde se encuentra la pequeña isla de la conferencia¹¹⁹, simple superficie de tierra en medio del río y que no se advertiría apenas si no hubiera sido el lugar en el que fue firmado el Tratado de los Pirineos, entre Felipe V y Luis XIV.

Guipúzcoa ofrece perspectivas agradables, hermosas praderas y un verdadero bosque de manzanos. Por el contrario, la costa entre Irún y Bayona es árida y estéril. No es sino un banco de arena. En San Juan de Luz el mar azota con violencia la villa y las construcciones que la defienden; el único medio de hacer un puerto sería haber dejado excavar al propio mar el terreno en que está edificada la villa. Sus casas habrían sido trasladadas al arrabal que la domina.

Mi amigo Arthur Yung me ha asegurado que Bayona es, con mucho, la más hermosa ciudad de Francia. Nada me cuesta creerlo.

Dos hermosos ríos, dos puentes que se suceden, un paseo delicioso en que se camina al lado y a la altura de los barcos que están en el puerto; una ciudadela desde donde se ve el mar, la ciudad y las bonitas casas de campo que la rodean. Dos grandes diques encuadran hacia el mar el lecho del río.

Costumbres y usos antiguos, una limpieza holandesa, he aquí lo que he observado en Bayona, y no contradiré a Arthur Yung, pero podría hacer algunas observaciones a su compatriota Howard si publica un suplemento a su descripción de los hospitales y prisiones de Europa.

He encontrado en las montañas del Labour, el castillo de Ferragus; he visto, pasado Burguete, en Navarra, la Abadía de Roncesvalles, donde están expuestas la maza de armas y la espada de Roldán, junto con los guantes y las pantuflas del arzobispo Turpín. En una palabra, nos encontramos aquí en la cuna de esas fábulas que se han convertido, gracias al genio del Ariosto, en una segunda mitología¹²⁰.

Pero lo que he observado con [más] interés es el pueblo que habita los valles de los Pirineos, desde Bayona hasta Olorón y desde Bilbao hasta Jaca; los franceses los designan con el nombre de vascos. Este pueblo, en su idioma particular se llaman los Escauldens¹²¹, parecen constituir los restos de algunas grandes naciones. Ha conservado una lengua que parece serle propia¹²². Todas sus palabras son imágenes, está llena de vocales y tiene las declinaciones de las lenguas me....¹²³.

El carácter de los Euskaldunes tiene diferencias evidentes, la ingenuidad, la vivacidad, la alegría, los distinguen; la hospitalidad y el reconocimiento no son vistos por ellos como virtudes ¡hasta tal punto parecen atributo común e instinto de la especie! Sus defectos son la liviandad, la cólera y la venganza; pero tanto en sus buenas como en sus malas cualidades, se distinguen de los demás pueblos y no se parecen sino a ellos mismos.

119. Se trata de la Isla de los Faisanes, donde fue firmado el tratado de los Pirineos, entre Francia y España, en 1659.

120. LUDOVICO ARIOSTO, poeta italiano del siglo XVI, autor del poema *Orlando el Furioso*, que narra la destrucción de la retaguardia del ejército de Carlo Magno en Roncesvalles.

121. Euskaldunes.

122. El texto francés parece querer decir que se trata de una lengua madre u original, que no procede de otras. Los especialistas no parecen estar aún de acuerdo sobre esta cuestión.

123. Primera sílaba, al parecer, de una palabra difícil de determinar.

Que me den el cuerpo de un vasco, decía un triste observador: lo diseccionaré, y apuesto que se encontrará su cabeza hecha de manera diferente de la de un hombre¹²⁴. He admirado a menudo la gracia, el talle, la agilidad y la ligereza de sus hombres. Apasionados por los ejercicios del cuerpo, se les ve jugar a la pelota con una pasión difícil de concebir. Si se produjera aquí algún motín, me decía el coronel de un regimiento, no emplearía yo las armas para apaciguarlo, sino que haría anunciar un partido de pelota, y estoy seguro que los más enfebrecidos de los amotinados serían los primeros en lanzarse a la cancha.

La mujeres, bellas como las griegas, recogen sus hermosos cabellos bajo un simple pañuelo blanco cuya extremidad flota sobre sus espaldas y acompaña el movimiento de su cintura, flexible y ligera. Apelles¹²⁵ encontraría aún entre ellas modelos para su Venus. La simplicidad con la que ellas se abandonan a los impulsos de su corazón, su alma amorosa, el poco precio que acuerdan a sus conquistas, todo recuerda las costumbres de los ...¹²⁶ y no me pesa que no haya aquí un Forster para describirlas¹²⁷.

Lo que hay de extraordinario es que encontramos aquí esa preferencia generalizada por los colores rojos que los viajeros han subrayado en los habitantes de las islas de la mar del Sur: no hay un vasco que no tenga un chaleco rojo. En sus canciones, comparan a su amada con una hermosa flor carmesí. Encontramos igualmente la costumbre de hacer calentar la leche y el agua en recipientes de madera, echando en ellos piedras calentadas al rojo vivo: se trata del método que algunos Filósofos han citado como ejemplo de la industria natural de los salvajes. Finalmente, su lengua no contiene ninguna palabra para designar las artes inventadas por el comercio. Se limita a los simples objetos necesarios a la subsistencia, a la agricultura y al cuidado del rebaño; no ofrece ninguna idea metafísica; no existe palabra alguna para nombrar el alma o distinguirla del cuerpo. La única idea sobrenatural es la existencia de dos principios, el uno bueno y el otro malo: el uno se llama Dios Jincoa, y el otro Guebria. Me habría gustado ir más lejos en mis investigaciones, pero tengo el tiempo contado y no puedo sino entrever esta tierra austral.

Nunca olvidaré cómo entré en ella. Venía de Pamplona y seguí una hermosa calzada entre dos montañas que me condujo a Eugui, donde hay una falórica de bombas: tres hornos¹²⁸ funden, al mismo tiempo, treinta mil piezas de hierro; fuelles a la sueca avivan el fuego. Es uno de los mejores establecimientos que hay en España.

Pasé después las montañas del Baztán y bajé al hermoso valle de los Alduides. Es una vasta pradera cortada por un riachuelo, bordeado de unas pocas casas agradables y sencillas; viven aquí hombres dichosos, en la simplicidad de la Naturaleza. Es una Arcadia, una Edad de Oro. No se conocen allí

124. Teoría racial que será desarrollada en el siglo XIX por Sabino Arana. Ver Introducción general.

125. Sin duda se refiere a Apolo, el más hermoso de los dioses y uno de los grandes dioses de Roma.

126. En blanco en el texto francés.

127. FORSTER, Johann Reinolds, viajero alemán (1729-1798). Formó parte, como naturalista, de la expedición de Cook, y fue director del jardín botánico de Halle.

128. Altos hornos, como señalamos en la introducción.

ni necesidad ni enfermedades; las puertas están cerradas con pestillos de madera; no hay familia en la que no encontremos cuatro generaciones en presencia; sólo se muere de vejez. Los pleitos son desconocidos; no se sabe nada de lo que sucede en el universo, y la mayoría de los habitantes no salen nunca del recinto de sus montañas.

Llegué después a las minas de hierro de Baigorri. Habían sido explotadas antiguamente, pero la dificultad para desaguarlas hizo que se abandonasen. Varios siglos después, un suizo llamado La Tour intentó explotarlas; sus gastos iniciales fueron enormes: se arruinó, arruinó a sus amigos, vendió hasta los gemelos de su camisa, y estaba a punto de renunciar al fruto de sus largos trabajos cuando uno de sus obreros le ofreció seiscientas libras, fruto de sus economías. La Tour no quiso aceptarlas durante largo tiempo, [pero] convencido por la insistencia de aquel fiel servidor, las empleó en una última excavación que resultó feliz: se encontró el filón y La Tour acumuló una inmensa fortuna. Actualmente el filón está agotado y se intenta descubrir otro. Se espera tener éxito, aunque el yerno de La Tour ha creído deber escoger este momento para retirarse, y ha vendido a una compañía de París su taller y sus esperanzas.

Dos leguas más lejos se encuentra una mina de hierro extremadamente rica, y unos residuos de una fundición de cañones; este establecimiento está falto de madera. Es algo bastante singular, los franceses no explotan los bosques sin destruirlos; los españoles, por el contrario, los cuidan, los replantan y los conservan, lo que no impide a los economistas franceses compadecer cada día la mala administración rural de los españoles.

Pero ¿qué me importa a mí, viajero, la economía campesina? Nada poseo en este agradable valle, y disfruto mejor, por ello, del encantador paisaje que ofrece. Un hermoso pueblo atravesado por un riachuelo, dos puentes muy pintorescos, un círculo de altas montañas que encuadran el valle, un castillo antiguo situado en un alto, nada hay tan novelesco como esta comarca; y lo que no lo es menos, es el encontrar en dicho castillo una viuda aún amable y dos jovencitas, una de las cuales es hija suya.

Iba con un inglés y un vasco. El vasco había debido de recitar ese día la oración de San Julián¹²⁹. Lo cierto es, en todo caso, que nunca he encontrado un albergue más agradable en el transcurso de mis viajes. La viuda tiene el cabello rubio plateado, una negligencia voluptuosa en sus maneras, y una picante originalidad de espíritu. Su tocador le va muy bien, y nada pierde la doña en dejar ver una parte de él a los profanos. Mi inglés se complace en la gracia de sus manos y los encantos de su hermoso pie; aunque se extrañaba sobre todo de los giros singulares de sus ideas. La comparaba a Sterne¹³⁰. Es, decía, un Sterne; un Sterne hembra, The...

Su hija es bella, y bella sin artificio; es la simplicidad de la naturaleza, es una joven O...¹³¹: amaré como respira, sin pensar en ello; yo he grabado ba-

129. Patrón de los oficios más peligrosos (marinos, albañiles,...)

130. STERNE, Lawrence; escritor inglés(1713-1768). La independencia de espíritu que caracteriza a Sterne, se manifiesta en una delicada desenvoltura a todo lo largo de su obra; pone al servicio de su humor un estilo sencillo y atractivo. *Grand Larousse Encyclopedique*, París, 1962.

131. En blanco en el texto original.

jo su retrato estas palabras del Ariosto: «la natura la fece, poi ruppe la stampa», la naturaleza la hizo y rompió el molde.

Para la tercera, no poseo palabras para describirla, y estaría inconsolable si no la hubiera visto, aunque no quisiera volverla a ver; a los ojos de quienes la conocen, no existe otra mujer digna de ser amada. Se había refugiado, pocos días antes, junto a esta viuda que la había arrancado a los peligros de una revuelta popular; aún podía leerse fácilmente en su expresión un rictus de terror; el aspecto, nuevo para ella, de aquellas montañas donde se encontraba como prisionera, arrojaba sobre sus hermosos ojos una sombra de tristeza; fui testigo de una escena que me pintó su estado de ánimo: le entregaron una carta; se desvaneció y no recobró conciencia sino para suspirar y llorar; no he visto nada tan seductor en la naturaleza entera; y fue necesario, para poner a salvo mi razón¹³², saber que amaba y era amada; intenté borrar el miedo que la atenazaba; osé predecirle que sería feliz: vi entonces, a través de sus lágrimas, el suspiro de la esperanza; la dejé abandonada a una dulce melancolía; su imagen me persiguió durante mucho tiempo; y tuve la satisfacción de saber que mi predicción se había realizado.

132. Para no enloquecer.